

111



ANTONIO Y MANUEL MACHADO

LAS ADELFAS

Comedia en tres actos, en verso.

50 cts.

62

La pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO
Editado en RIVADENEYRA
Paseo de San Vicente, 20.
MADRID

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL
CINE DEBEN LEER LA PANTALLA,
QUE CONSTITUYE LA VERDADERA
GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA
—— MUNDIAL ——

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20. ———

LAS ADELFA



MANUEL MACHADO



ANTONIO MACHADO

MANUEL Y ANTONIO MACHADO

LAS ADELFA

COMEDIA EN TRES ACTOS,
EN VERSO Y ORIGINAL

Estrenada en el Teatro del Centro, de Madrid,
el día 22 de octubre de 1928.

DIBUJOS DE JOSE MACHADO



LA FARSA

AÑO II | 10 DE NOVIEMBRE DE 1928 | NUM. 62
MADRID

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

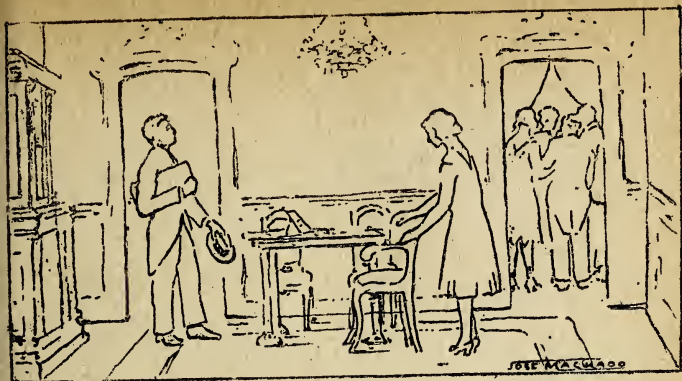
ARACELI, Duquesa de Tormes ...	<i>Sra. Lola Membrives.</i>
ROSALÍA, esposa de Daniel Bernar.	» <i>Guadalupe M. Sampédro.</i>
RAQUEL, hija del primer matrimonio de Daniel Bernar.....	<i>C. Alonso de los Ríos.</i>
CARLOS MONTES	<i>Manuel Soto.</i>
SALVADOR MONTOYA	<i>Luis Roses.</i>
DON AGUSTÍN, Marqués de Torresalbas	<i>Luis de Llano.</i>
DANIEL BERNAR	<i>Manuel Aragonés.</i>
ENRIQUE, Conde de Montevelo ...	<i>Guillermo Grases.</i>
PABLO, criado	<i>Marco Davó.</i>

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o denegar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tout les pays, et compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1928, by Antonio y Manuel Machado.



ACTO PRIMERO

La escena representa un salón de recibir en la intimidad. Puertas laterales y una grande al fondo que da a una antesala con espejos. Muebles lujosos y de buen gusto. A la derecha del espectador una mesa con teléfono.

ESCENA PRIMERA

ARACELI y PABLO (criado).—Al levantarse el telón Araceli examina una carta. Toca el timbre y aparece en la puerta Pablo.

ARACELI.

Pablo.

PABLO.

Señora duquesa.

ARACELI.

Díme, ¿tú sabes quién trajo esta carta?

PABLO.

El señor conde de Montevelo, hace rato estuvo aquí, preguntó por la señora. A las cuatro —le dije—salió. Es posible que vuelva pronto. La aguardo —me contestó—; pero, a poco, marchóse. Después, no ha entrado nadie en la casa.

ARACELI.

Bien. Vete.

(Vase Pablo.)

670129

ESCENA II

ARACELI, sola.—En el momento de ir a abrir el sobre, suena el timbre del teléfono y Araceli acude al aparato y en él habla.

ARACELI.

(*Mirando el sobre.*)

Es su letra.

(*Al teléfono.*)

... ¿Con quién hablo?

... Enrique.

No. Todavía
está sin abrir.

... ¿No la abro?

¿Por que?

... ¿De palabra? Entonces
¿por qué no esperaste?

... ¡Ah, vamos!
Que el tiempo es oro.

... Y te fuiste
a jugar al *golf*, dejando
la carta escrita.

... Te escucho.

... ¿En serio?

... ¿Tú enamorado,
de quién?

... Eres un imbécil.

... No hay de qué.

... La haré pedazos
ahora mismo.

... Bueno. Ven
cuando te plazca.

(*Cuelga el aparato y rompe la caria y la
tira al cesto de los papeles.*)

ESCENA III

ARACELI y PABLO (en la puerta del foro).

PABLO.

Don Carlos

Montes.

ARACELI.

Que pase.

(*Vase Pablo.*)

ARACELI y CARLOS (que entra por la puerta del foro).

ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.

Doctor.
(Mirando a Araceli con cierta extrañeza.)
Araceli.
Te he llamado como médico... Perdona. Es mi oficio; no me enfado. Pues siéntate.
(Carlos se sienta en una silla, lejos de Araceli.)
No... más cerca.
(Carlos se sienta más cerca.)
Así.
(Carlos aproxima algo más la silla a Araceli.)
Bien está.
Esa mano.
(Araceli retira la mano instintivamente.)
El pulso, mujer...
(Tomándole el pulso.)
Un poco desigual, algo agitado.
(Pausa.)
¿De apetito?...
Mal.
¿De sueño?...
¿De sueño?... Siempre soñando cosas tristes y durmiendo poco.
Un doctor austriaco dice que el sueño es guardián del dormir, que es su contrario. Pero, ¿en qué sueñas?
¡Curioso!
Conmigo.
No. Del teatro de mis sueños no eres tú persona.
Tal vez lo sea alguna vez.
¿Sí?
Los sueños son cajitas de sorpresa más que teatro. Y advierte

que el preguntarte en qué sueñas
no fué de curioso, sino
de médico a la moderna.
(*Araceli lo mira con cierta extrañeza.*)

Sí, ya los sueños pasaron
de manos de los poetas
a las del médico; ahora
ya no es culto sino guerra
a los sueños. Hoy se tratan,
se estudian y hasta se operan,
llegado el caso.

ARACELI.
CARLOS.

¿Y se curan?

Con la divina asistencia
algunas veces.

ARACELI.

Entonces

CARLOS.

huelga tu saber.

No huelga
del todo, porque no todo
es farsa en la nueva ciencia
del psicoanálisis. Hay
una verdad, aunque vieja,
indudable en ella: el alma
puede enfermar. Cuando enferma,
de achaques, lacras y cuitas
del cuerpo puede ser ella
también la causa. Acudamos
por la vía más directa
a curarla.

ARACELI.
CARLOS.

¿Cómo?

Hay una
eristemática (1) nueva,
un arte de partear
espíritus, que es maieutica
más sutil que la del sabio
Sócrates, si no tan bella,
y consiste en alumbrar,
no las divinas ideas,
esas verdades de todos
y nadie, sino las nuestras,
las que cada cual al fondo
sin fondo del alma lleva.
En zonas del alma donde
el candil de la ciencia
—o antorcha o sol, si te place—
no luce ya o luce apenas,

(1) *Eristemática*, *erotein*—preguntar—arte de dialogar.

donde el poeta imagina
el trajinar de colmena
de un mundo creador, nosotros
pensamos que está la negra
mansión de los sueños malos
o el antro donde se engendran.
Deseos que no han podido
cumplirse, turbias y feas
visiones: un mundo inválido
de fracasos y miserias.
Toda una flora malsana,
toda una fauna perversa;
cuanto tachó el rojo lápiz
de la moral, o a la excelsa
luz de los sagrados tópicos
de la razón se avergüenza,
allí está, azorado, inquieto,
emboscado entre maleza.
Nuestra misión es sacarlo
a la luz.

ARACELI.
CARLOS.

¡Qué impertinencia!
A la propia luz del alma
del enfermo... de la enferma,
en este caso: una cura
de sol como otra cualquiera.

ARACELI.

¿Y no será más piadosa,
y hasta más sana, la venda
o la penumbra? Mi esposo
pensaba así.

CARLOS.

Alberto era
un romántico; su oficio
ver turbio, confuso, a medias.
Un poeta...

ARACELI.
CARLOS.

(Con interés.) ¿Sí?...

A su modo,
ya trasnochado. Su tema
fué el crepúsculo, un deseo
del día cuando se echa
la noche encima, nostalgia
de la noche cuando empieza
a lucir el sol. Alberto
era un demente... ¿En qué piensas,
Araceli?

ARACELI.

Oh, nada... ¿Dices
que era un loco?

CARLOS.
ARACELI.

Sí.

¿Un poeta,

un apasionado? Yo
nunca lo vi así.

CARLOS.

¿Y sospechas
que el no haberlo visto fuese
la causa de su tragedia
y eso te entristece?

ARACELI.

No;

CARLOS.

es algo peor.

ARACELI.

¿Te apena
pensar que tú no pudiste
ser la causa?

CARLOS.

ARACELI.

La certeza
casi de no haberlo sido.
¿Tú sabes?

Tengo la prueba.
Que su muerte fué un suicidio,
no un accidente, ya es vieja
sospecha mía. ¿Mintió
por borrar la última huella
de su vida y conservar
su misterio, por vergüenza
o arrepentimiento súbito
de su acción, por lo que fuera?
Mintió cuando lo encontraron
sangrando y tendido en tierra,
con el pecho herido por
la bala de su escopeta.
Araceli, muy segura
lo dices. Nadie penetra
sin amor un alma. ¿Tú
lo amaste?

CARLOS.

ARACELI.

(Con decisión.)

No... que yo sepa
al menos.

(Atenuando su negativa, influida por la
doctrina de Carlos.)

Fué nuestro enlace,
por parte mía, obediencia
a mis padres; por la suya...
aún no lo sé.

(Como hablando consigo misma.)

Alberto era
más rico que yo, tan noble
como yo. Gastó su hacienda,

y comprometió la mía
muy pronto. Su vida entera
fué un misterio que yo no
quise penetrar. ¡Soberbia
de mujer que el desdén quiere
pagar con igual moneda?
¡Quién sabe! Yo sospechaba
en Alberto un alma inquieta;
mas nunca le pregunté
¿qué tienes? Tácita guerra
de orgullos fué nuestra vida;
el arma la indiferencia.
Arma ficticia: entre hombre
y mujer sólo pelean
odio o amor.

OS.
CELI.
OS.
CELI.
OS.
CELI.
OS.
CELI.

Para mí
su muerte fué una sorpresa,
más por su verdad oculta
que por su falsa apariencia.
Y, ahora, si he de confesarte...
lo inconfesable, mi pena
halló su alivio, pensando
que la amargura secreta
de Alberto, fué mi desvío.
Y acaso...

No. En la gaveta
de su escritorio encontré
varias cartas.

¡Yah!
De letra
desconocida.

¿Y firmadas?
Con un nombre de novela:
Oriana, algunas; otras,
con nombre arcádico: Flérida.
Mas escritura y estilo
les mismos y un mismo tema
en todas, cartas de amor
triviales de una coqueta
que se divierte jugando
con una pasión sincera.
Se alude a citas, a encuentros
en mi finca de Alcolea,
en Los Adelfos, y a chismes
y a cuentos con clave, y cuentas
del joyero y del modisto.

En la última, de fecha
doce de abril—la desgracia
fue el quince—, ¿quieres leerla?
Juzga tú mismo.

*(Saca una carta del secretaire y se la
Aquí está.*

*(Carlos lee para sí con gran interés
carta, mientras, Araceli lo observa.)*

CARLOS.

Esta frase me interesa.

(Leyendo.)

«Ya el corazón no se estila.»

Es gracioso.

Sigue.

ARACELI.

CARLOS.

Y ésta

sobre todo: «No me place
ser heroína de tragedia.

No es gloria que yo ambicione...»

¿Qué dice aquí?

(Dándole a leer la carta.)

ARACELI.

(Leyendo.)

«Ni merezca.»

CARLOS.

ARACELI.

CARLOS.

¡Yal... La letra de esta carta...

¿Qué te parece?

Insincera,

artificial.

ARACELI.

La que todas
aprendimos en mi época
en los colegios de monjas,
calco de una firma regia.
Es verdad. Pero el estilo
no es de una niña... La Ella
de este drama... Di, Araceli
—te habla el médico—, ¿recuerdas
ahora tus sueños? Los sueños
dicen de nuestras sospechas
más de lo que sospechamos
despiertos.

CARLOS.

ARACELI.

Por una senda
de Los Adelfos, mi finca
de Andalucía, que apenas
conozco, aunque allí nacimos
tú y yo, y jugamos en ella
de niños, camino en sueños
tantas veces... Las adelfas
dan su olor, una fragancia
extraña que el sueño inventa,

o reproduce. Yo voy
buscando a Alberto.

RLOS. ¿Y lo encuentras?

ACELI. Siempre en los mismos lugares
del sueño, donde clarea
el agua, entre los arbustos,
delante de mí se aleja
con una mujer.

RLOS. ¿Que es siempre
la misma?

ACELI. Fina y esbelta
—su cara no he visto—; nunca
vuelve hacia mí la cabeza.
La misma.

RLOS. ¿Quién?

ACELI. No lo sé.

RLOS. Es extraña la insistencia
de una figura enigmática
en sueños.

ACELI. Ellos conversan;
ella ríe...

RLOS. ¿Y no conoces
su voz?

ACELI. Aunque te parezca
absurdo, la voz en sueños
se escucha, pero no suena.
No puede ser conocida
por el timbre.

RLOS. Acaso sea
eso verdad.

ACELI. Cuando se oye
voz sonora se despierta
al punto.

RLOS. Es cierto. Mas, díme,
esa extraña silueta,
creación de tus celos, a alguien
te ha de recordar. Recuerda,
no tus sueños, sino todo
tu pasado, que en la rueda
de nuestro soñar, se hilan
copos de la vida entera.

RACHELI. ¿Recordar?

ARLOS. Esa figura
que la placa te revela
de tus sueños, a la luz
de tu vigilia, ¿no aciertas
a conocer?

ARACELI.
CARLOS.

No.

Tú dices

que es siempre la misma. En ella
algo encontrarás que te
permita reconocerla.

ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.

El odio con que la veo.
¿No más?

CARLOS.
ARACELI.

Y el color violeta
de su traje.

¿Sí?

Es el mismo

que usaba una compañera
de colegio, amiga mía,
hoy casada, rica y bella.
Siempre en el colegio hablábamos,
con la atrevida inocencia
de los pocos años, yo
del novio esperado, y ella
de un amante que podría
—así me dijo perversa,
una vez, nunca lo olvido,
ser mi esposo.

CARLOS.

Por las señas

ARACELI.

no es otra.

De esa mujer,

de esa niña, en sueños mezcla
de niña y mujer, jamás
celosa estuve despierta.
Alberto la conocía,
nos visitó con frecuencia
¿Tú sabes quién es?

CARLOS.

Acaso,

ARACELI.

Rosalía.

Sí. Sospechas

no tuve—las tengo ahora—
de esa mujer. Su presencia
fue solo en sueños. ¿Qué dices,
doctor?

CARLOS.

Que aunque nada prueba
un sueño de lo que ha sido
o será—verdad de fuera
se busca por otros medios—.
Ya sabes de quien recelas,
que es algo....

ESCENA V

DICHOS y PABLO (en la puerta).

PABLO. Señora.
 ARACELI. Pablo.
 Queda aplazado este tema
 para luego.
 (A Carlos.)
 PABLO. Los señores
 de Bernar.
 ARACELI. Que pasen.
 (Vase Pablo.)

ESCENA VI

ARACELI y CARLOS

CARLOS. ¿Ella?
 ARACELI. Con su esposo, un millonario,
 y con su hijastra, a quien lleva
 pocos años. Don Daniel
 quiere comprarme mi hacienda
 de Andalucía. Mi tío
 me ha aconsejado la venta.
 También lo espero.
 CARLOS. El Marqués
 es siempre fiel a su media
 hora de retraso.
 ARACELI. Y siempre
 —según él— por culpa ajena.

ESCENA VII

DICHOS, BERNAR, ROSALIA y RAQUEL

BERNAR. Duquesa.
 (Saludándola y besándole la mano.)
 ARACELI. Bernar... Raquel,
 ¡qué guapa! y tú, Rosalia,
 más hermosa cada día.
 CARLOS. Señora...
 (A Rosalia que le da a besar la mano.)
 ROSALÍA. Carlos...
 (A parte a Araceli.)
 ¿Es él?

- ARACELI. ¿Qué dices?
(*Con extrañeza y cierto disgusto.*)
- ROSALÍA. ¿No? ¿Todavía?
- BERNAR. Doctor...
(*Dándole la mano a Carlos.*)
- CARLOS. La palabra admite,
como no venga detrás
consulta...
- ROSALÍA. (*Interrumpiendo.*)
Mí maridito
vende salud.
(*A Araceli.*)
Pues verás
(*Aparte.*)
(*Dame la razón.*)
(*Alto.*)
Venimos
en familia a consultarte
un caso en que disentimos
sobre... materias de arte,
Daniel y yo.
- RAQUEL. (*Interviniendo.*) Y yo.
- ARACELI. (*En tono de broma y de simpatía por la muchacha.*)
Raquel,
¿tú con quién estás?
- RAQUEL. (*Decidida y contundente.*)
Yo tengo
mi opinión, y no me avengo
a la de ella ni a la de él.
- BERNAR. (*Con afectuosa sumisión a Rosalía.*)
Echaremos por delante
que si te empeñas, haré
lo que tú quieras.
- ROSALÍA. (*Segura y dominante.*)
Lo sé.
- CARLOS. Pues entonces...
(*A Rosalía, conciliador.*)
- ROSALÍA. (*Con impertinencia.*)
No es bastante.
- ARACELI. (*Cortando el tiroteo.*)
Y ¿el caso?...
- RAQUEL. Es una tournée
des grands Ducs.

ROSALÍA.

(Contrariada por la intervención atrevida de su hijastra.)

De ningún modo.

Un trozo de vida.

BERNAR.

Airada.

ROSALÍA.

De realidad ignorada
en nuestro mundo.

BERNAR.

Con todo...

Un espectáculo feo
el de esa gente perdida.
La intimidad de una vida
espantosa...

ROSALÍA.

(Tenaz y voluble.)

No lo creo,
debe ser muy divertida.
Nunca comprendí ese afán
de ir a visitar el hampa
en sus tugurios.

BERNAR.

RAQUEL.

(Despectivamente.)

No es plan.

BERNAR.

Y hay hasta peligro...

RAQUEL.

Hay trampa.

ROSALÍA.

¿Es tu opinión?
(Como diciéndolo ¿quien te la pide?)

RAQUEL.

(Inplacable.)

Bah. ¿La mía?

Todo el mundo sabe que
esas excursiones se
hacen con la policía.

ARACELI.

(Conciliadora y en cierto modo curiosa.)
Pues a mí me ha interesado
la idea.

ROSALÍA.

¡Estupenda! Ven
con nosotros.

ARACELI.

(Que no quiera ir tan lejos.)
Pero... bien...

ROSALÍA.

(Cogiéndole la palabra, decidida y dominante.)
Nada, asunto terminado.

ARACELI.

Tú, doctor, ¿qué piensas?

CARLOS.

(Comprendiendo la curiosidad de Araceli.)
Bueno.

ARACELI.

Si la cosa te distrae...
No lo sé; pero eso es
en tus teorías de lleno;
en esa curiosidad
por las miserias del fondo.

- Asomarse a lo más hondo
del alma de la ciudad...
ROSALÍA. *(Abundando y animándose.)*
Ver, conocer a esos seres
que a la ley se sustrajeron,
los hombres que...
ARACELI. *(Mirando a Rosalía y a Carlos.)*
Y las mujeres
por las que ellos se perdieron.
ROSALÍA. ¿Tú imaginas?
ARACELI. Está claro:
ROSALÍA. ¿Quién es ella?
¡Disparate!
hoy quien se pierda o se mate
por una mujer, es raro.
ARACELI. *(Araceli mira a Carlos mientras prosigue el diálogo, excitando a hablar a Rosalía.)*
¿No hay hombres, en tu opinión,
capaces de enloquecer?
ROSALÍA. Lo que no hay es la mujer
que inspire tanta pasión.
No es tan corriente llegar
a heroína de una historia
de amor y muerte... ni es gloria
que se deba de envidiar.
Créeme, nena.
ARACELI. *(Cambiano una rápida mirada con Carlos)*
Tú... ¿lo sabes?
ROSALÍA. *(Ecurriéndose como la que teme haber dicho demasiado.)*
De oídas... Pero olvidamos
a esos señores y estamos
(Volviéndose al marido y alzando la voz.)
¡Daniel!... demasiado graves.
(Vuelve a bajar la voz para dirigirse a Araceli.) (Alto para todos.)
Se ha decidido que vamos.

ESCENA VIII.

DICHOS y DON AGUSTIN, que llega demudado y jadeante, sin ver nadie, y cae, lleno de agitación, en su sillón acostumbrado. Al verle así todos, más o menos inquietos, se dirigen a él y lo rodean, interrogándolo casi a la par.

- ARACELI. ¡Tío!...
BERNAR. ¡Marqués!...
ROSALÍA. ¡Don Agustín!

- CARLOS. ¡Qué agitación!
(Yendo a tomarle el pulso.)
- DON AGUSTÍN. (Rechazándolo medio atontado.)
¡Ah, señores!...
- ARACELI. (Con cariñosa broma, viendo que la cosa no parece grave.)
¿Un discurso?...
- DON AGUSTÍN. (Indignado e importante.)
¡Un accidente!...
- RAQUEL. ¿Accidente?
(Acostumbrada a ellos como buena deportista.)
De automóvil.
- DON AGUSTÍN. ¿A quién?
A mí.
- ROSALÍA.
DON AGUSTÍN.
ARACELI. (Con cierta sorna.)
¿No quedamos en que siempre íbas en coche de caballos?
¡Claro está!
- DON AGUSTÍN.
ARACELI.
DON AGUSTÍN. Pues entonces...
Esas malditas bocinas, esos berridos feroces. Le pedirían a usted paso.
(Acostumbrada y conoedora.)
- RAQUEL.
- DÓN AGUSTÍN. No sé... Juan se pone —mi cochero— algo engreído con el braceo y el trote de sus caballos, verdad que los dos están de nones.
(Con afectuosa burla. Luego se acerca y lo examina solícita.)
- ARACELI. Un par sin par. ¿Daño?
- DON AGUSTÍN. (Tranquilizándola y no queriendo que le interrumpa.)
No.
- ARACELI. Sigue.
- DON AGUSTÍN. Un rugido disforme de esas condenadas máquinas los espantó, y si mi hombre no llega a tener los puños que tiene, estrellan el coche, ya dentro del encintado entre acacias y faroles.

las llama pronto, y Alberto era de ellas... Aquel hombre llegó demasiado tarde a este mundo de deportes y bolcheviques.

CARLOS.

Marqués...

(Como indicándole que renueva la pena de Araceli.)

ARACELI.

Me gusta oírle.

(A Carlos, por el tío.)

DON AGUSTÍN.

(Fuerte, con el asenso de Araceli.)

Este Hipócrates

de salón.

(Por Carlos.)

Usted, Bernar,

lo trató mucho.

BERNAR.

(Reservado.)

En cuestiones

de intereses, y por medio

de sus administradores

casi siempre. Un poco altivo,

pero muy cortés. Un noble

a la antigua usanza, que

ignoraba los valores

financieros como un niño...

DON AGUSTÍN.

(Siempre entusiasta de su sobrino.)

Generoso hasta el derroche,

sin contar y sin contarle.

ARACELI.

Verdad.

(Recordando la reserva de su marido y lo poco que ella supo nunca de él por él mismo.)

DON AGUSTÍN.

Los hechos mejores

suyos, se han averiguado

después de su muerte.

ROSALÍA.

(Involuntariamente.)

¿Sí?

ARACELI.

¿Los mejores?...

(Con cierta ironía.)

BERNAR.

(Curioso.)

Diga.

DON AGUSTÍN.

¡Claro!

Se vió a mucha gente rica

por él y a él casi arruinado.

Descuidos...

BERNAR.

DON AGUSTÍN.

(Protestando siempre en favor del sobrino.)

¡Desprendimiento!

- BERNAR. Un soñador...
 DON AGUSTÍN. Un romántico,
 todo corazón.
 ARACELI. (*A boca de jarro.*) ¿Qué piensas
 tú, Rosalía?
 ROSALÍA. (*Algo turbada; pero rehaciéndose pronto.*)
 Yo, ¿acaso
 puedo saber?... Es decir,
 no ignoras que nos tratábamos
 relativamente poco,
 y él era tan reservado...
 ARACELI. (*Secundando los golpes.*)
 ¿Contigo también?
 ROSALÍA. (*Un poco sobresaltada.*) ¡Conmigo!...
 ¡Y con todos!...
 ARACELI. (*Insiste.*) Aquel año
 de su muerte lo veías
 —nos veías— sin embargo
 a menudo y siempre Alberto
 te distinguíó.
 ROSALÍA. (*Con irresistible curiosidad.*) ¿Qué? ¿Te ha hablado
 de mí alguna vez?
 ARACELI. Algunas.
 Y en los Adelfos cazando...
 BERNAR. (*A don Agustín, al oír mentar la finca.*)
 A propósito, Marqués...
 DON AGUSTÍN. (*A Bernar, señalando la carpeta sobre la mesa.*)
 Sí, sí, aquí tengo los planos.
 ARACELI. (*Siempre dirigiéndose a Rosalía.*)
 Estuviste varias veces
 con él, con nosotros, vamos.
 Y si no estabas allí
 cuando él se mató...
 CARL. Y ROSAL. (*A la par.*) (*En un movimiento de sobresalto,*
que en Carlos es temor de que Araceli se decla-
re demasiado, y en Rosalía extrañeza y miedo
de que lo sepa todo.) ¡Eh!
 ARACELI. (*Mirando a Carlos fijamente y luego a Rosalía.*)
 Sí, Carlos.
 Cuando se le disparó
 la escopeta. Habías estado
 el día antes.

- OSALÍA. *(Protestando con demasiada viveza.)*
No, dos días
antes.
- RACELI. *(Mirando a Carlos.)*
Es lo mismo.
- OSALÍA. *(Que se vendía, comprende.)*
Claro.
- BERNAR. *(Dirigiéndose a Araceli.)*
Yo conservo a aquella finca,
a que una vez vez fui invitado
por el pobre Duque, afecto
muy especial, y me ufano
de que usted quiera cedérmela.
- ARACELI. *(Que vacila, cada vez menos propicia a vender
Los Adelfos; un poco chocada de la presunción
del banquero.)*
Aún no es seguro...
- BERNAR. *(Suplicante y temeroso de que se deshaga el
asunto.)*
El contrato
debe extenderse en seguida,
si no ha desautorizado
a su tío, que mañana
viene conmigo el notario.
- ARACELI. *(Entre resignada y burlona.)*
Vaya, Bernar, cuando usted
quiere una cosa...
- BERNAR. Sí, cuando
quiero algo, yo también
lo doy todo sin reparo.
- ARACELI. Poder del dinero ¡qué
felices los millonarios!
- BERNAR. *(Mirando fijamente a Araceli.)*
Usted no cre , duquesa,
lo que dice.
- RAQUEL. *(Temerosa de que su padre se declare dema-
siado.)*
¡Padre!
- ARACELI. *(Queriendo hacer hablar a Bernar.)*
Vamos,
que el oro lo compra todo.
- BERNAR. *(Con dolorosa convicción.)*
Casi todo, sí... Lo malo
es que hay cosas que no pueden

venderse, aunque quiera su amo enajenarlas, y el que las compra... las compra en falso, por decirlo así.

RAQUEL.

Y está

muy bien dicho.

ROSALÍA.

(*Con cierta burla impertinente.*)

¡Ah!... Y, usted, Carlos,

¿qué opina de lo que opina mi marido?

CARLOS.

Que es un sabio.

Para ciertas cosas el dinero es nocivo.

ROSALÍA.

(*Un poco para sí.*)

¡Acasol...

RAQUEL.

Oiga usted...

(*A Carlos.*)

ESCENA IX

DICHOS y PABLO (anunciando desde la puerta).

FABLO.

El señor Conde

de Montevelo

RAQUEL.

(*Por Enrique.*)

¡Gaznápiro!...

ARACELI.

(*Al criado.*)

Pase adelante.

PABLO.

(*Acercándose a Araceli y explicando.*)

Ahora viene.

Es que dice que ha olvidado

algo en el coche y no quiso

que yo bajara a buscarlo.

En seguida subo, mientras

váyame usted anunciando,

me dijo...

(*Al verlo entrar.*)

Aquí está.

ESCENA X

DICHOS y ENRIQUE (Marqués de Montevelo.) Aparece sonriente en la puerta del foro, abrazado a un bouquet de flores y produciendo la hilaridad de todos. (Pablo se va.)

RAQUEL.

(*Viendo. Por Enrique.*)

¡Es un tiesto

de flores!

- NRIQUE. *(Avanzando hacia su prima.)*
¡Celil!
- RACELI. *(Contemplándolo, burlona.)*
¡Fantástico!
- NRIQUE. *(Deja caer las flores en el sofá, al lado de Araceli. Ya desembarazado, comienza a saludar a todos.)*
A tus pies. ¡Ah!... Rosalía.
¡Quelucha!
(A Raquel, dándole un fuerte apretón de manos.)
- AQUEL. *(A Enrique.)*
¡Ricotel!
- NRIQUE. Carlos,
tío Agustín.
- ON AGUSTÍN. *(Entre burlón y malhumorado. No simpatiza con estos chicos de ahora.)*
¡Tío!... No coge
nuestro parentesco un galgo.
- NRIQUE. *(Sin tomar—ingenuo y bonachón—, en cuenta el despego del tío.)*
Bah. Pero usted es el tío
universal. No es casado,
no tiene hijos. Murieron
sus padres y sus hermanos,
pero sus sobrinos somos
infinitos, aunque vagos.
Y, tú, el más vago de todos,
gran truhán.
- ON AGUSTÍN.
- NRIQUE. ¡Yo! Si no paro
un minuto. ¿Me perdonas
Araceli?
(Cariñoso, a su prima.)
- RACELI. Perdonado,
con tal de que no repitas
la gracia.
- NRIQUE. ¿Cómo? ¡Al contrario!
Vengo a verte para...
- RACELI. Para.
La prisa te está matando.
(Siguen hablando. Se comprende que Enrique insiste en quererle declarar y ella no se presta a oírle.)
- ERNAR. *(Que examina con el tío Agustín los pianos de los Adelfos, en la mesita del centro.)*
Son tres millones

DON AGUSTÍN.

Bernar,
los Adelfos valen cuatro,
sobradamente.

BERNAR.

Mas...

DON AGUSTÍN.

(Interrumpiéndole y adelantándose a sus razonamientos.)

Sé

que nadie daría tanto,
y teniendo que vender...

BERNAR.

(Con cierta dignidad, a pesar de su vehemente interés por comprar la finca)

Si usted cree que me valgo
de...

DON AGUSTÍN.

No, señor, y si al fin,
da mi sobrina el sí ansiado,
mañana...

ROSALÍA.

(Que hablaba con Carlos, volviéndose al grupo de Araceli y Enrique y llamando a éste.)

Enrique.

ENRIQUE.

(Sin separarse de Araceli, contesta con un saludo evasivo.)

Señora...

ARACELI.

(Para quitarse de encima a Enrique.)

Hombre, atiéndela.

(Pero Enrique se desentiende y sigue dando la matraca a Araceli. Rosalía habla con Carlos un momento, Raquel calla y se separa un poco del médico, hasta que Rosalía, atraída por la conversación de don Agustín y Bernar, sobre el plano de Los Adelfos forma grupo con ellos en la mesita.)

ROSALÍA.

Usted, Carlos

cree en la telepatía?...

CARLOS.

Yo creo en todo y en algo
que aún no se sospecha. Nada
me sorprenderá.

DON AGUSTÍN.

(En su aparte con el banquero y sobre los planos de la finca.)

En el plano

está indicada la parte
que todo el río a lo largo
cubren las adelfas, los
adelfos, como llamamos
también en la tierra a estos
arbustos bellos y malos.

Fué aquí...

(Señalando en el plano.)

NRIQUE

(A Araceli.)

¿La prisa? La prisa
te demuestra en todo caso
mi deseo de llegar
a verte. Ni me he cambiado
de ropa; hecho un ladrón vengo,
lleno de polvo, sudando,
y con unas rodilleras
chanchullo... Cerca del Pardo
estaba jugando al *tennis*
a las seis, y son y cuarto,
(*Mirando el reloj de pulsera.*)
y he tenido que pararme
por las flores; pero el auto
que voy a comprar ahora
se traga que es un encanto
las leguas; ¡chica, es un Roll
que monda! ¿Quieres probarlo
conmigo? Una vueltecita
y por el camino hablamos...
¡Estás loco!

RACELI.

NRIQUE.

RACELI.

Sí. Por ti.

¿No lo dije? Trabucazo.
Ya batiste un nuevo *record*.
Tres veces te has declarado:
por carta, por el teléfono
y de palabra. Entretanto
has perdido la ocasión
de hablarme a solas un rato.
Yo tenía...

NRIQUE.

(*Queriendo disculparse con sus ocupa-
ciones deportivas.*)

RACELI.

Como siempre
has corrido y te has pasado.
Verdad es que para ti
llegar es lo secundario.

ROSALÍA.

(*Que con irresistible curiosidad se ha unido al
grupo de Bernar y don Agustín, inclinándose
sobre el plano de Las Adelfas.*)

¿Y fué aquí?

DON AGUSTÍN.

Sí. Aquí. A esta parte
de la glorieta hay un banco,
junto al estanque...

RACELI.

(*A Enrique, que insiste en su tema.*)

¿Crees tú
que es ahora momento?...

(*Toca el timbre y aparece Pablo.*)

Pablo,
llévese usted esas flores,
que las pongan en el patio
o en la serre. ¡Cómo apestan
a gasolina!

ENRIQUE.

(Oliendo las flores, asustado.)

¡Diablo,
es verdad, las he traído
en el baquet, ¡soy un ganso!
Pero fué por no perderlas
de vista.

ARACELI.

Y se te olvidaron,
y tuviste que volver
a bajar por ellas.

ENRIQUE.

¡Claro!

Con el ansia de decirte...

ARACELI.

(Cortando definitivamente el asunto.)

Mira, ahora estamos hablando
de otras cosas.

ROSALÍA.

(A don Agustín.)

DON AGUSTÍN.

¿Lo que él dijo
usted lo recuerda exacto?

Dijo que, sin saber cómo,
se le había disparado
la escopeta en el momento
de dejarla sobre el banco.

(Exaltándose, en una mezcla de sentimiento real y afectado patetismo declamatorio con el recuerdo de Alberto.)

¡Si me parece mentira;
si han pasado ya seis años
y todavía me creo
que voy a verlo, ¡tan guapo!,
tan ágil, tan diligente,
saltar del coche, arrojando,
con aquel gesto tan suyo,
las bridas a su lacayo!...
¡Si aún me ocurre muchas veces
evocar su rostro pálido
y sereno, la sonrisa
que sombreaba su largo
bigote, fino y sedoso;
su rubio pelo ondulado!
¡Su descuidada elegancia
incopiable y aquel algo
que no era de aquí en aquellos
ojos azules y claros!

Pero voy a entristecer
a ustedes.

ARACELI.

(*Con vivo interés.*)

Dí. Te escuchamos.

CARLOS.

(*Con tono de amable reconvención.*)

Araceli...

ARACELI.

Deja. Quiero
que me hablen de él.

DON AGUSTÍN.

(*Prosiguiendo su tema.*)

Sin embargo,

yo puedo decir que Alberto
vino a morir en mis brazos.

Extraña cosa... No sé
por qué; al oír el disparo

que nos alarmó, al salir
de casa con los criados,
seguí la senda de adelfos,

hasta dar en el rellano
de la laguna; tendido

en tierra, cerca del banco,
estaba Alberto; humeante
la escopeta a pocos pasos.

«¿Qué tienes, que ha sido?»—grito—;
y él, sonriendo y señalando

el arma: «Al ir a dejaría
—responde—se ha disparado.

En mujer y en escopeta...»

No habló más. Todos, llorando,
por la vereda de adelfos

a la casa lo llevamos

ya entre sombras. Nunca he visto
un anochecer más rápido.

Al llegar, ya estaba yerto.

*La emoción y el llanto le cortan la palabra.
Araceli se le acerca cariñosa.)*

¡Tío!

ARACELI.

Marqués.

BERNAR.

Vamos, vamos...

ARACELI.

Se emociona.

ROSALÍA.

(*Incrédulo.*)

CARLOS.

Y además

es un excelente trágico.

ARACELI.

Si yo...

DON AGUSTÍN.

Tú jamás supiste
lo que habías perdido.

ARACELI.

Acaso...

Alberto no vivió nunca
para mí. Pero ahora... Carlos,
«en mujer y en...»
(Llamando la atención de Carlos sobre
frase de Alberto.)

ROSALÍA.

(Queriendo explicar la frase de Alberto qu-
tándole intención directa.)

Es la copla.

ARACELI.

¿La copla?

ROSALÍA.

Un cantar gitano
que aconseja no fiarse
de escopetas ni...

ARACELI.

Por cuanto

tú lo conocías.

ROSALÍA.

(Evasiva.)

Yo...

lo oí una vez, en el campo,
a un trabajador...

ARACELI.

Alberto

era muy aficionado
a la poesía del pueblo.
¿Tú también?

ROSALÍA.

Yo... también... algo.

DON AGUSTÍN.

(A Bernar, respondiendo a insinuaciones e-
peciales de éste.)

No, no, ni por pienso, él era
a todo el mundo simpático,
y no tenía enemigo
ninguno.

BERNAR.

(Insistiendo.)

Mas...

DON AGUSTÍN.

(Con gran convicción.)

Al contrario,
mucha gente que por él
matar se hubiera dejado.

BERNAR.

(Insinuando la idea del suicidio.)

Una locura...

DON AGUSTÍN.

(Vehemente, protesta.)

Tampoco.

Alberto era un buen cristiano
y no tenía motivos
para eso, en todo caso...

(Con amarga convicción.)

Desgracia, fatalidad,
que estaba escrito.

ENRIQUE. *(Acercándose el último al grupo que ya forman todos en torno a la mesa.)*
 Temprano
 o tarde a todos nos llega
 la última panne, ¡qué diablo!

ROSALÍA. *(Aparte.)*
 Daniel, insiste en la compra.

BERNAR. *(Aprovechando las circunstancias.)*
 Solo recuerdos amargos
 para ustedes esa finca
 conserva. Para mí, en cambio...

ESCENA XI

DICHOS y PABLO

PABLO. Señora, este caballero
 quiere verla.
(Le entrega una tarjeta en una bandeja de plata.)

ARACELI. ¿A mí?
(Leyendo con extrañeza.)
 ¡Qué raro!

PABLO. No lo conozco...
 Ya ha dicho
 que, en efecto, nunca ha hablado
 a la señora Duquesa;
 pero que es urgente el caso
 que lo trae y, además,
 sumamente reservado.

ARACELI. *(Volviendo a leer la tarjeta.)*
 Salvador Montoya. No
 lo conozco.

DON AGUSTÍN. Ni yo.

ROSALÍA. *(A Daniel Bernar, disimulando su sobresalto.)*
 Vámonos.

CARLOS. Tampoco yo.

ENRIQUE. Ni yo.
(La tarjeta ha ido de mano en mano.)

ARACELI. Bien.
(A Pablo.)
 Dile que pase al despacho,
 y perdónenme un instante.

BERNAR. No. Nosotros nos marchamos.

ARACELI. Diga a ese señor, entonces,
 que entre aquí.

ROSALÍA. (A Araceli.)
 ARACELI. (Preocupada.) ¿Vendrás?
 ENRIQUE. Acaso.
 (A Araceli, aludiendo al desconocido anunciado)
 Yo no me voy, por si el tipo...
 CARLOS. (Aparte, a Araceli, en el mismo sentido.)
 Me quedaré.
 ARACELI. (Indicándoles la puerta.)
 No, al contrario.

ESCENA XII

DICHOS y SALVADOR MONTOYA, que aparece en la puerta con una gran cartera bajo el brazo. Viste con elegante corrección.

ARACELI. Pase usted, señor...
 (Sin recordar el apellido.)
 SALVADOR. Montoya.
 (Entra y se coloca a la extrema derecha junto al secretaire, lejos del grupo que todos los demás forman a la puerta.)
 ARACELI. Un momento...
 (A Salvador, indicándole que espere mientras despiden a sus amigos.)
 BERNAR. En fin, quedamos en que Las Adelfas son mías. Mañana, al notario.
 ARACELI. ¡Qué prisa! ¿No se podría?...
 DON AGUSTÍN. Sobrina, es preciso...
 ARACELI. (Al tío, resignada y entristecida.) Hazlo sin que yo me entere.
 BERNAR. (Besándole la mano por despedida en efusiva gratitud.) Oh, gracias.
 ENRIQUE. (Dice mirando a Salvador.) Debe ser el empleado de una agencia. Adiós, Raquel.
 ARACELI. Duquesa...
 RAQUEL. (Despidiéndose.)
 ROSALÍA. (Desde la puerta.) ¿Viene usted, Carlos?
 (Ya han salido al vestíbulo Bernar, Raquel y el tío Agustín.)

SALVADOR. *(Aparte, por Rosalía.)*
 ¡Esta mujer!
 ROSALÍA. *(Mirando a Salvador con mezcla de sorpresa y disgusto.)*
 ¡Este hombre
 aquí
(Insistiendo en quedarse, acercándose a Araceli y junto a la puerta.)
 Araceli...
 ENRIQUE. *(Insistiendo también.)*
 Yo...
 ARACELI. *(Empujándolos hacia la puerta de salida.)*
 ¡Andando!

ESCENA XIII

ARACELI, SALVADOR y DON AGUSTÍN

ARACELI. *(Desde la puerta, dirigiéndose a Salvador.)*
 Puede usted hablar, caballero.
(Montoya permanece callado. Araceli comprende el motivo, y dirigiéndose a su tío.)
 Tío Agustín, en el despacho
 está la titulación
 de la finca; si el contrato
 ha de firmarse mañana
 conviene darle un vistazo
 por si no tenemos tiempo
 esta noche.
 DON AGUSTÍN. *(Comprendiendo.)*
 Entiendo, claro.
(A Araceli, en voz baja.)
 ¿Pero te vas a quedar
 a solas con un extraño?
 ARACELI. *(Aparte, al tío.)*
 ¡Bah! Nunca lo será más
 que los conocidos.
(Don Agustín tiene un gesto de extrañeza y no se resuelve a salir hasta que Araceli, impaciente, le dice)
 ¿Vamos?
 DON AGUSTÍN
 Si me necesitas, sabes,
 en el salón inmediato..
(Vase mirando con desconfianza a Salvador. Este se inclina.)

ESCENA XIV

ARACELI y SALVADOR

SALVADOR.
ARACELI.

Al fin solos.
Caballero,
es de un buen gusto dudoso
esa frase y...

SALVADOR.

Para mí
quiere decir: al fin solos;
y no tiene otro sentido,
de momento, entre nosotros.
Vamos a ver. Usted viene
para hablarme de negocios.

ARACELI.

No, señora.

SALVADOR.
ARACELI.

(*Sorprendida.*)

Pues entonces,
¿qué quiere usted?

SALVADOR.
ARACELI.

Nada y todo.
¡Frasas de teatro, no!
Esa cartera...

SALVADOR.

Respondo
a usted que está vacía.

(*La abre, la vuelve, para que se vea clara
mente que no contiene nada, la deja sobre
la mesa y se cruza de brazos.*)

ARACELI.

Pero...

(*Entre sorprendida y divertida.*)

SALVADOR.

Es el medio más cómodo
para despejar un sitio
de frívolos y de ociosos.
Barruntan ferropusiatos,
planes, cifras, repertorios,
catálogos, en fin, cosas
serias y huyen como corzos.
Ya ha visto usted.

ARACELI.

(*Pensando en el trabajo con que ha echado
Enrique y Carlos.*)

Si supiera
usted...

SALVADOR.

Perfecto. No ignoro
que el conde de Montevelo
la adora.

ARACELI.
SALVADOR.

Pues, hombre, ¿cómo?...
Basta verlo, si no fuera
bastante verla.

ARACELI.

¿Piropo?

SALVADOR.

No osaría. Observación.
Por lo demás es tan lógico.

ARACELI.

¿Piensa usted?
(Halagada en el fondo.)

SALVADOR.

Bondad, belleza,
talento, fortuna, todo.
Y por si faltara algo,
el encanto delicioso
de una mujer que no sabe
el valor de esos tesoros.

ARACELI.

¿Que no sabe?

SALVADOR.

Que no afecta
saberlo.

ARACELI.

Gracias. Supongo
que usted viene, sin embargo,
a asunto más... perentorio
y le suplico que entremos
en materia... Por el pronto
yo desearía saber
¿quién es usted?

SALVADOR.

Soy... el otro.
(Con perfecta solemnidad y recalcando
mucho esta explicación de su personalidad.)
Pirandellismo...

ARACELI.

SALVADOR.

Al contrario.
Habrá usted observado, a poco
fijarse, que en muchos casos
de la vida—en casi todos—
interviene un personaje
ajeno a nuestros propósitos,
que nos ignora y que, a veces
ignorado de nosotros,
es, sin embargo, la causa
providencial del trastorno
que origina la comedia,
o el drama, o el paso cómico.
Ejemplo: Juan quiere a Juana;
pero, Juana, quiere a otro.
Otro vendimía la viña
que éste cuida; tal negocio
se hizo para que lograrse
otro el lucro; el matrimonio
de aquellos se descompuso
porque ella se fué con otro.
Es verdad... el otro... la otra...,
tiene usted razón. Con todo,
no responde a mi pregunta.

ARACELI.

SALVADOR.

Si usted repasa en el fondo de su conciencia el asunto que la preocupa, no es poco decirle, para explicarle quien soy yo, que soy el... otro.

ARACELI.

Empiezo a ver. Pero quiero que me hable sin circunloquios, ¿es usted...?

SALVADOR.

He sido: el amado de la amada de su esposo.

ARACELI.

¿El amado?

(Con cierta expresión de burla ante la palabra amado.)

SALVADOR.

(Muy serio.)

Exactamente.

Me dejé querer. Conozco, sin embargo, que he tenido, aunque involuntaria, un poco de culpa en el desastrado fin de Alberto, y, ante todo, quiero que usted me perdone esa culpa. Le respondo de que ha sido la lealtad mi gran pecado.

ARACELI.

No logro comprender...

SALVADOR.

No pensé nunca en un afecto tan hondo por parte de él y, queriendo evitarle el cprobioso papel de engañado, hice que ella, en un arranque impropio de su doblez bien hallada con aquel juego irrisorio, se decidiese por uno de los dos. ¿Tuve yo solo por móvil tan noble idea? ¿Quise, tal vez, de ese modo librarme de ella esperando que me prefiriera el oro del pobre Duque?—Cariño, ni a él, ni a mí, ni a nadie—, ¿cómo saber? Ella abandonó a Alberto y Alberto, loco, se mató. Perdón si avivo un recuerdo doloroso;

pero creo preferible
que conozca usted el fondo
de esa tragedia de que
conoce los hechos sólo.
¿No es verdad?

ARACELI.

Posiblemente;

pero, dígame usted, ¿cómo
supuso que yo sabía?...

SALVADOR.

Es deducción de psicólogo
bien barata. La mujer
aquella me inició pronto
en el carácter de usted
y creo que la conozco
bien. Mas, si esto no bastara,
ahora, al hablar yo del *otro*,
usted ha mentado a la *otra*,
y ya dudar era tonto.

ARACELI.

Es verdad... y, sin embargo,
por qué camino hediondo
ha llegado a usted la idea
de mí...

SALVADOR.

Como el agua al pozo,
por las venas de la tierra,
pura y limpia, como el oro
entre la arena del río;
como el diamante, en el fondo
de la cantera.

ARACELI.

¿Poeta?

SALVADOR.

A ratos. Pero muy cortos.

ARACELI.

Y esa mujer por lo visto
me conoce.

SALVADOR.

Sí... Supongo
que a través de él.

ARACELI.

No es verdad;

y yo también la conozco.

SALVADOR.

Es muy posible.

ARACELI.

¿Usted quiere
ser mi amigo?

SALVADOR.

Bien.

ARACELI.

Pues todo
lo que sabe ha de contarme,
por duro, por doloroso
que sea para mí. ¿El objeto
de esta visita?

SALVADOR.

Lo ignoro
yo mismo. Confieso a usted
que, al venir, no tuve otro

deseo que el conocerla;
pero ahora...

ARACELI.

Por el pronto
el nombre de esa mujer.
No importa.

SALVADOR.

ARACELI.

A mí sí.

SALVADOR.

Es lo solo
que yo no puedo decirle.
Yo se lo diré.

ARACELI.

SALVADOR.

Es ocioso;
pues que los dos lo sabemos
callemos los dos a coro.

ARACELI.

¡Y no ve usted que el problema
de mi vida ya no es otro
que reconstruir la historia
terrible; que mi amor propio,
si no mi amor, quiere ver
de esa tragedia en el fondo
los resortes, las pasiones
que matan, el venenoso
encanto de la mujer.
que a Alberto... Escúcheme.

SALVADOR.

ARACELI.

SALVADOR.

Oiga y comprenda.

Oigo.

Comprendo.

Lo que usted quiere, ante todo,
es... conocer el secreto
de esa mujer... No lo tiene.

Para usted.

Para mí al menos...
y naturalmente...

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

¿Usted

la quiso?

SALVADOR.

Yo. ¡Ni un momento!
Me divertía al principio,
al cabo de un mes, ni eso.
Es guapa.

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

Sin duda.

Tiene

un gran atractivo.

SALVADOR.

Eso
depende de la persona
sobre quien lo ejerza.

ARACELI.

Pero
su mismo afán... Ella acaso
lo quiso a usted.

SALVADOR.

No lo creo.

Todas las coquetas son
de quien no las toma en serio.
En toda mujer hay algo
de coqueta.

ARACELI.

Mucho.

SALVADOR.

Bueno...

ARACELI.

entonces...

SALVADOR.

Entonces, ¡ay
del que se enamora!

ARACELI.

Pero,
¿usted no se ha enamorado
nunca?

SALVADOR.

Nunca. Yo profeso
que es consagrarse a una sola
ser infiel a todo el sexo.
Falta de galantería
imperdonable. Y... temiendo
caer en ella, con la venia
de usted saludo y me ausento.
Sin decirme a lo que vino...
¿Se empeña usted en saberlo?
Naturalmente.

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

SALVADOR.

Pues bien:
a decirle que la quiero.
¿Desde cuándo?

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

SALVADOR.

Desde siempre.
A mí ¿sola?

Sí. Posco
el don de contradecirme...
¿Se ríe usted?

ARACELI.

Qué remedio.
De otro modo...

SALVADOR.

Usted ha perdido
un esposo. Yo me ofrezco
a reemplazarle. Usted ignora
qué es amor. Yo se lo enseño.
Usted tuvo una rival
detestable. Yo la vengo
de esa rival. Usted mira
al pasado. Yo la llevo
al porvenir. En la muerte
encuentra usted un misterio
interesante; la vida
tiene otro, que no lo es menos,
y más alegre. Usted toma
mi brazo y vamos a verlo.

ARACELI.

Es increíble. No salgo de mi asombro.

SALVADOR.

Bueno, bueno...
Me quiere usted o no me quiere.
Pero no se asombra. Eso no es digno de usted que tiene además mucho talento...
La gente se asombra, o hace que se asombra, para luego acabar diciendo: «vaya pues no era tan raro...» pero usted no es así.

ARACELI.

No. ¡Claro!
Yo sin tratarlo, sin verlo más que una vez debo...

SALVADOR.

Amor es saeta, no correo.
¿Qué motivos tiene usted para no quererme?

ARACELI.

Aquellos que tengo para quererle.
Ninguno.

SALVADOR.

¿Ninguno?... Creo que exagera.

ARACELI.
SALVADOR.

¿Eh?

¿Soy yo acaso vizco, jorobado, tuerto, tonto? ¿Mi cara es tan rara? Y la cara es el espejo del alma. Pues ya que soy simpático, amable y bueno, hay que quererme.

ARACELI.
SALVADOR.
ARACELI.
SALVADOR.

¿De veras?
¿No lo cree usted?

No.

Lo siento porque es la primera vez que me enamoro, que veo en la mujer la persona: un alma bella en un cuerpo delicioso, convertido en realidad un ensueño. Porque soñé con usted tanto y...

ARACELI.
SALVADOR.

Basta, caballero.
Pero...

ARACELI.

Señor de Montoya
las bromas tienen un término.
Basta, pues usted lo manda.
Pero... ¡qué ocasión perdemos
tan bonita! ¡Esto iba a ser
un encanto!

ARACELI.
SALVADOR.

¿Qué?

Lo nuestro.

ARACELI.
SALVADOR.

He dicho que basta.

Bien.

Perdone el atrevimiento
de ofrecerle a usted mi vida
sin ambages ni rodeos.
Usted me hizo hábiar. Ahora
me hace callar. Obedezco.
Porque es tan grande mi amor...
¡Vaya!

ARACELI.
SALVADOR.

Como mi respeto.

(Divertida y halagada a pesar suyo.)

ARACELI.

Pero hombre, ¡si es usted un loco!
¿A quién se le ocurre?... Bueno
yo le perdono, si no
vuelve usted a hablarme de eso.
Y aun le ofrezco mi amistad.

SALVADOR.
ARACELI.

¿Para qué perder el tiempo?
¿Quiere usted o no que seamos
amigos?

SALVADOR.

Si no hay remedio...
Pero conste que yo aspiro
a más. No tengamos luego
aquello de se vendía
como amigo y...

ARACELI.

¿Sabrá serlo
en todo caso?

SALVADOR.

No sé.

ARACELI.

No es mi fuerte. Probaremos...
¿Me permite todavía
una pregunta?

SALVADOR.
ARACELI.

La espero.

Usted piensa que soy rica
¿no es verdad?

SALVADOR.
ARACELI.

Así lo creo.

Pues se ha equivocado usted.
Duquesa...

ARACELI.

De medio a medio,
porque estoy casi arruinada.
¿De veras? ¡Vaya! Me alegro.

SALVADOR.

ARACELI.
SALVADOR. ¡Hombre!
Porque así podré demostrarle a usted mi afecto ayudándola.

ARACELI. ¿Y supone
—es fantástico— que puedo aceptar de usted la más leve cosa?

SALVADOR. Sí... Un consejo.
ARACELI. ¿Del amigo?...
SALVADOR. Ni siquiera del amigo.
ARACELI. ¿Pues?
SALVADOR. Del técnico de los negocios.
ARACELI. Escucho.
SALVADOR. Véase con el banquero y dígame usted que ya no le vende Los Adelfos. Sé que lo hará usted.

ARACELI. ¿Por qué?
SALVADOR. Porque es el propio deseo de usted. Gracias a lo cual va usted a duplicar el precio de la finca.

ARACELI. ¿El doble?
SALVADOR. ¿No ve usted que es doble el empeño de comprar?
(Indignada, pensando en Rosalía.)
Acaso. ¡Y nunca he de consentir!..

ARACELI. Soberbio.
SALVADOR. El bluff sólo cuando no es tal bluff resulta perfecto.
(Pausa.)
Vea usted mi pobre cartera todo lo que traía dentro: el amor y la fortuna. Hay para pensar en ello. Pero ahora adiós; aquí tiene mis señas y mi teléfono. Usted irá a buscarme o bien me llamará.

ARACELI. No lo creo.
Mas... Salvador.
(Llamándole como para decirle algo.)

ALVADOR.

(Se vuelve inmediatamente, y con el mismo acento, dice.)

Araceli.

RACELI.

Adiós... Nada.

(Desistiendo de hablarle.)

ALVADOR.

Sus pies beso.

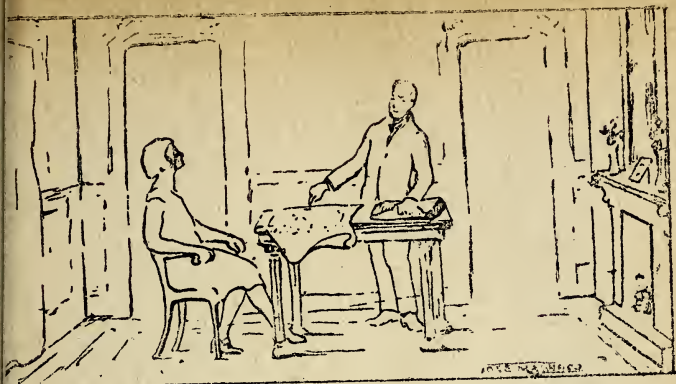
(Al decir esta frase, ya en la puerta Salvador, hace a Araceli una reverencia tan distinguida como profunda y grave; una de esas reverencias que convierten en reina a una mujer cualquiera. Araceli contesta con una ligera inclinación de cabeza y permanece de espaldas al público, viendo ir a Salvador. Al volver la cara hacia el público es preciso que en ella se lea la impresión de alegría y simpatía que en ella ha producido la presencia de aquel hombre extraño, gracioso y amable, inesperado y sorprendente como la vida. Quizá sea esta una pretensión excesiva de los autores. Tal vez no es posible expresar con el vestro, sentimientos tan complejos. Haga, sin embargo, la actriz, un esfuerzo en este sentido. Piense que ante la pantalla cinematográfica se vería obligada a esta expresión muda. Ayúdese, además, si quiere, con el gesto. Una ojeada al espejo, un movimiento de los labios que pronuncian un nombre, una palabra que no se oye; un gesto instintivo de alegría... Todo ello con mucha sobriedad mientras cae el

TELÓN



J.M.





ACTO SEGUNDO

Decoración del acto anterior.

ESCENA I

CARLOS y PABLO

PABLO.

¿Le anunciaré a la señora duquesa?

CARLOS.

Sí. Que la espero, mas sin prisa, por si tiene algo que hacer...

PABLO.

De ella tengo orden de avisarle.

CARLOS.

Aguarda, ¿y el señor marqués?

PABLO.

Lo vemos poco en la casa. A la hora de retirarse a su lecho. Come en el casino.

CARLOS.

¡Ya!
También el señor...

PABLO.

(Hace un gesto que indica chifladura.)

CARLOS.

No entiendo.
(Para que se explique.)

- PABLO. Que anda también destemplado.
(*Recalcando el también.*)
- CARLOS. ¿También?
- PABLO. Sí, doctor, los nervios
de la señora duquesa...
Ya sabe usted...
- CARLOS. Sí.
- PABLO. Un infierno
es esta casa, que fué
el paraíso terreno
de la servidumbre. Y todo,
por causa del caballero
de la cartera, es decir
de lo que llevara dentro
de la cartera. Bien dijo
quien dijo: «sin documentos
vivió Adán, que ni tenía,
bolsillos donde meterlos,
muy ricamente». ¡Qué Dios
nos libre del papeleo,
señor doctor! Yo me digo,
¿qué traería ese sujeto
en la cartera?
- CARLOS. ¡Quién sabe!
- PABLO. ¿Y el señor de Montevelo?
Otro que tal. Veinte veces
al día llama al teléfono.
La señora al aparato
se pone: «Eres un zopenco»,
«no me aburras», «mamarracho»
«no vengas», «vete a paseo...»
y algo peor.
- CARLOS. ¿Los señores
de Bernar?
- PABLO. Tampoco han vuelto
que yo sepa.
- CARLOS. Bien está.
- PABLO. Avisa.
- CARLOS. Voy al momento.
(*Vase por la puerta lateral.*)

ESCENA II

CARLOS y ARACELI.—Carlos examina los objetos que están sobre la
mesa, y repara en el retrato de Alberto.

CARLOS. Araceli...

ARACELI. Mediquito...

CARLOS.
ARACELI.

Siempre hermosa.
Y tú tan feo
como de costumbre. Estoy
furiosa contigo.

CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.

¿Y eso?...
Porque sois unos farsantes.
¿Quienes?
Tú y los de tu gremio.
Gracias en nombre de todos.
Charlatanes, embusteros...
Hidroterapia: con agua
se sana de todo; helio-
terapia: donde entra el sol
hace milagros; los nervios
se entonan con nerviosina,
el nombre es casi un remedio;
homeopatía: un granito
de anís y te pones nuevo;
alopatía: dos onzas
de ruibarbo y tres de arsénico;
naturismo: nueces; dátiles,
naranjas, y siempre en cueros.
¡Viva la ciencia! Y un día
os desembozáis diciendo:
todo se cura buscando
del alma en los recovecos
el morbo fatal, y a fuerza
de conversar. Pues charlemos,
señor doctor.

CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.

Hoy estás
muy inspirada.
¿Y no es cierto
cuanto digo?

No.
Pues dime
entonces, qué sois los médicos.

(Carlos le da un cigarrillo y se lo enciende.)

CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.

Testigos...
Impertinentes.
Confesores de los cuerpos.
¿Y de las almas?

ARACELI.
CARLOS.

En cuanto
las almas hablan por ellos.
¡Pillines!... Y estáis de moda
que es lo peor.

No lo creo.

El hombre de moda es hoy el deportista.

ARACELI.

Poi eso

CARLOS.

no ejerces tú.

Ejerzo sólo

ARACELI.

como *entraineur* para el juego de la vida.

Linda frase.

CARLOS.

Al fin, charlatán. En serio, Carlos, estoy mala.

ARACELI.

Cásate.

CARLOS.

¿Otra vez?

ARACELI.

Es mi consejo.

CARLOS.

¿Contra quién?

Contra quien sea.

ARACELI.

Aquí todos te queremos.

CARLOS.

Contra mí.

ARACELI.

No me convienes.

¿Por qué?

Porque si te acepto

como esposo, dime tú

con quién charlo.

¿Y Montevelo...?

CARLOS.

Es el perfecto marido

para un enlace eugenésico.

ARACELI.

Puede ser. Pero estos hombres

tan deportivos y atléticos

son, a su manera, fatuos,

engreídos y al espejo

se miran más que conviene;

y desde que han descubierto

la belleza masculina

tampoco me fío de ellos.

CARLOS.

Pues otro elige, son tantos...

«Marcela o cuál de los ciento».

¿Quién te vió que no te quiera,

Araceli?

ARACELI.

Te confieso

que si no he elegido estoy

para elegir.

CARLOS.

¡Hola! ¿Y puedo saber quién es?...

ARACELI.

Adivina.

CARLOS.

Adivinar, no: sospecho...

ARACELI.

A ver. ¿De quién?

ARLOS.

De un buen mozo,
alto, delgado, moreno,
con su cartera.

RACELI.

No es ese.
Ese es... el otro.

ARLOS.

No entiendo.

RACELI.

Un hombre extraño. La vida
tiene también sus muñecos
de sorpresa, inopinados
y algo absurdos, aunque luego,
—como en las comedias— todo
se explica. Ese caballero...
De industria.

ARLOS.

RACELI.

Tal vez. La industria
no es, a mi juicio, de mérito
en el hombre). Fué el amante
de Rosalía. Completos
están ya los *personajes*
del drama, y en el proceso
que sigo encartados. Ese,
causa quizá del evento
dramático, es complicado
y sencillo, hondo y ligero.
Sobre todo, interesante
y amable. Tiene el misterio
de la vida; sorprendente
a primera vista, luego
tan natural... No te oculto
qué me agrada y le agradezco
sus visitas...

ARLOS.

RACELI.

¿Sí?

—De amigo—.

Por dos motivos: primero
porque su presencia fué
un talismán contra necios,
Salvador, que así se llama,
los ahuyentó sin quererlo.
¿Segundo?

ARLOS.

RACELI.

Por ser el otro.
¿No te he dicho que pretendo
elegir? Para elegir
se necesitan dos términos;
pues éste es el otro.

ARLOS.

Bien.

Mas ¿quién es el uno?

ARACELI.

Alberto.

CARLOS.

¿Quién ha de ser?

Araceli...

perdóname, no comprendo,
lo que dices. Rosalía
tuvo a elegir, dos sujetos
que el uno y el otro eran
amantes de carne y hueso:
tu marido y Salvador;
pero entre un vivo y un muerto
ya no hay elección posible.

ARACELI.

Claro.

(Mirando a Carlos con expresión burlesca)

¡Que te crees tú eso,
mediquito!

CARLOS.

Explicate.

(Suena el teléfono.)

ARACELI.

Este maldito teléfono
es el bufón de la casa.

(Se pone al aparato.)

¿Con quién hablo?

...¡Ya!

...No puedo

Enrique.

...Porque estoy mala.

...Sí, la cabeza, los nervios,
el corazón, los pulmones.

...¿Conmigo? ...Carlos, el médico.

...¿Un pelma? Pero no tanto
como tú.

...Daie recuerdos
a la sierra.

...No.

...¿Raquel
contigo? ¡La compadezco!
...Que os divirtáis.

...Bueno, adiós.

(Cuelga el aparato.)

(A Carlos.)

Aguzá, Carlos, tu ingenio.
Cabe elegir.

CARLOS.

Nuevas nupcias

o viudez.

ARACELI.

Ya diste en ello,
talentazo.

CARLOS.

Si eso es todo..

RACELI.

No es todo; porque yo quiero
si elijo viudez, que sca
como un matrimonio nuevo
con Alberto... Escúchame,
tú eres mi amigo; eres bueno,
inteligente, si, a ratos,
no te hablo con el respeto
que mereces, no lo achiques
a desestima.

ARLOS.

Yo acepto
gustoso el oficio de
pararrayos de tus nervios,
Araceli.

RACELI.

Pues ahora
soy yo quien llama a tu afecto
fraternal; nos conocimos
de niños.

ARLOS.

Verdad. Adelfos
yo también. Mi madre fué
tu nodriza.

RACELI.

Yo te ruego
que me hables de él.

ARLOS.

Araceli,

¡qué ingrato tema!

RACELI.

Recuerdo
que fuiste tú, quien un día
me lo presentó.

ARLOS.

Sí...

RACELI.

Luego,
cuando nos casamos, tú
nos abandonaste.

ARLOS.

Cierto,

salí para Londres.

RACELI.

Dime

¿lo recuerdas bien?

ARLOS.

Lo veo,

cerca de ti.

RACELI.

(Con sobresalto.)

¿Dónde?

ARLOS.

(Sonriéndose.)

En ese

retrato.

RACELI.

¡Bah!

ARLOS.

¡Pobre Alberto!

Sólo al pensar que pudiera
estar aquí, sientes miedo,
tú, la esposa, yo, el amigo...

Araceli: Que los muertos
descansen bajo la tierra
en paz, no los evoquemos.
Tú no lo quisiste nunca
¿verdad, Carlos?

ARACELI.

CARLOS.

Hubo un tiempo,
cuando estudiábamos juntos
en Berlín, que fuimos buenos
amigos.

ARACELI.

CARLOS.

¿Después?

Después,
cuando os casasteis, confieso
que llegué a odiarle.

ARACELI.

CARLOS.

ARACELI.

CARLOS.

¿Por qué?

A qué mentirte, por celos.

¿Por celos?

Sí, por envidia

erótica, mal veneno.

ARACELI.

Pero a tí te habrá curado
de esa enfermedad, tu método
psicoanalítico.

CARLOS.

Eso es

dar cuchillada al maestro.

Me curó. Pero es difícil

que encuentres en mí el espejo
del Alberto que tú buscas.

ARACELI.

CARLOS.

¿Y en quién?

En nadie. Tu excelso
tío, el marqués, hasta ahora
es su apologista: bello,
generoso, desprendido
era tu esposo, un modelo
de señores, un romántico
todo corazón. Camelos
interesados. Tu tío...

ARACELI.

CARLOS.

Tampoco lo quiso.

Y muerto

lo venera. Claro está,
mientras conserve el gobierno
de tu hacienda...

ARACELI.

CARLOS.

¿Y Rosalía?

Rosalía, mucho menos
te podrá decir ;qué sabe
la mar de sus marineros!
Si le preguntas al otro,

te dirá que era un perfecto
caballero, y, para sí
dirá: un tonto.

RACELI.
ARLOS.

¡Pobres muertos!

Morir, Araceli, es irse
cada cual con su secreto.
Tú sabes de Alberto más
que dices, no eres sincero.
No, Araceli; como todos
yo no sé más, sino menos
de lo que digo. También
pensando en él, fantaseo.
Un loco, un apasionado,
un poeta... Sí, recuerdo
haber querido explicar
lo inexplicable de un hecho
con palabras.

RACELI.
ARLOS.

Oye, Carlos,
lo que he soñado.

RACELI.
ARLOS.
RACELI.

¡Otro sueño!

Breve y sencillo. Una tarde
y en este cuarto. Es invierno;
luz de Madrid, gris y plata;
en ese rincón, el fuego
encendido, como ahora,
y en este sillón, Alberto,
donde tú estás. Yo una niña,
a su lado; hastío y miedo.
De pronto, Alberto: «¿qué fué
de Carlos Montes, tu médico?»
me dice; yo le respondo:
«en Londres». «Vamos a verlo,»
replica, y abre el balcón
de par en par. Londres lejos,
un Londres imaginado,
y absurdo, que es un revuelto
montón de casas, y luces,
humo, barcos y un muñeco
extraño, una especie de
Neptuno con catalejos.
Alberto dice: «allí está
cierra el balcón». Yo lo cierro;
y el sueño cambia. Otra vez
es la vereda de Adelfos,
y Alberto con su pareja
del traje cárdeno; luego
es Rosalía y el otro;

después, otra vez Alberto,
pero solo, caminando
hasta perderse en el sueño
cerca del agua. Después
suenan un disparo y despierto.
Adivina, adivinanza.
¿No me explicarás?

CARLOS.

No veo...

¿Pero por qué no procuras
olvidar?

ARACELI.

Porque no puedo.
Ya es la razón de mi vida
el saber. Hoy mismo tengo
propósito de forzar
la indagatoria. Veremos.
Ayúdame tú.

CARLOS.

¿Yo?... Yo

¿qué tengo que ver con eso?
Allá tú.

ARACELI.

¡Hombre! No te enfades.

ESCENA III

DICHOS y PABLO

PABLO.
ARACELI.
PABLO.

Señora, ese caballero...
¿Quién dices?

Aquel señor...

*(Haciendo ademán de llevar una carta
como Salvador.)*

ARACELI.
PABLO.
ARACELI.

Acaba.

Don Salvador.

Que pase. ¡Habrás majadero!
(Por el criado.)

Apunta un dato curioso:
siempre que mengua una casa,
como en el teatro, pasa
el racionista a gracioso.
Lo apunto y me voy.

Espera.

CARLOS.
ARACELI.
CARLOS.
ARACELI.

Tengo que hacer.

Un momento
nada más y te presento
al otro.

CARLOS.

¿Al de la cartera?

Gracias.

ARACELI.

¿Que no aguardarás
un minuto, Carlos?

CARLOS.

No.

ARACELI.

¿Por qué?

CARLOS.

Porque aquí soy yo
el otro... que está demás.

Abur.

(Vase, saludando al salir a Montoya.)

ARACELI.

Adiós.

ESCENA IV

ARACELI y SALVADOR

SALVADOR.

Otra vez

a solas.

ARACELI.

Es coincidencia
fatal y la impertinencia
repetida, candidez
arguye porque ya no
surte efecto. Lo he llamado
para algo muy serio.

SALVADOR.

Yo

para algo muy serio he entrado.

ARACELI.

¿Serio usted? No lo diría
nadie viéndole con esa
cartera al brazo.

SALVADOR.

(Con gravedad.)

Duquesa,

esta vez no está vacía.

ARACELI.

Son trucos algo triviales
los suyos, Montoya. Ahora,
si no es caja de Pandora
repleta de fieros males,
muéstreme su contenido.
No todo.

SALVADOR.

Perfectamente.

ARACELI.

Lo que le atañe. Expediente
de Los Adelfos. Oído,
y atención. Este es el plano
de la finca.

SALVADOR.

(Saca un papel de la cartera.)

ARACELI.

Lo tenemos

en casa.

SALVADOR.

De eso hablaremos.

Vea usted: verdecito el llano,

porque es prado; azul, el río;
amarillos, los trigales;
bermejos, los naranjales,
y cándido, el caserío.
No está mal.

ARACELI.
SALVADOR.

Un ayudante
del Catastro me enseñó
a trazarlo. También yo
soy un poco delineante.
En el plano que usted tiene
no hay sombra de grano o fruta,
sólo lo que no tributa:
agua y matorral.

ARACELI.

Conviene,
sin embargo, que se citen
los adelfos.

SALVADOR.

Como quiera,
los arbustos de ribera
por lo general se omiten.

*(Saca de la cartera un montón de papeles
y va destacándolos a medida que se refieren
a ellos.)*

Ahora: clasificación
de las tierras. Detallado
estudio de lo labrado
y en renta. Tributación
efectiva. Campos que
pudieran fertilizarse
con riegos y triplicarse
en su valor. Lo que se
pierde por no trabajar.
Relación de mañías viejas,
otra de industrias añejas
que se pudieran crear.
Los abonos adecuados
a las tierras...

ARACELI.

(Interrumpiendo.)

¡Salvador,

basta!

SALVADOR.

Falta lo mejor.
Abrigos para el ganado.
Ya viene lo interesante.
*Lo que se debiera hacer,
al vender, o' al no vender,*
alternativa importante,
a dos columnas; primera:

la venta. Compra un judío,
Daniel Bernar Donadío.
Se hace una historia somera
de la raza de Israel
con todos sus herederos,
sus profetas y usureros
hasta llegar a Daniël.
En esta carpeta. Ahora
la influencia en el negocio
se estudia que tiene el socio
impelente: la señora.
Retrato de Rosalía;
lo que empuja una coqueta
unida con un profeta
se aprecia, y la plusvalía
que la finca ha de alcanzar
por otros no despreciables
factores imponderables
difíciles de anotar.
Ya ve usted que no he empleado
mal mi tiempo.

ARACELI.

Puede ser.

¿Y el caso de no vender?

SALVADOR.

En la columna de al lado...

ARACELI.

¡En blanco!...

SALVADOR.

Para apuntar

en toda ella una sola
palabra poco española
y castiza: trabajar.

¿Qué piensa usted?

ARACELI.

Le confieso

que me agrada su labor
y me conforta ese humor
regocijado y travieso;
pero...

SALVADOR.

Sí, que usted me llama
para oficio más ingrato
—me lo dice ese retrato
de Alberto—, que me reclama
para algo triste.

(Suená el teléfono.)

ARACELI.

(Contrariada.)

¡Otra vez

ese pelma! Salvador,
póngase usted, por favor,
al aparato. ¡Es la pez!

- SALVADOR. *(Al aparato.)*
¿Quién? Diga. *(A Araceli.)* Es el seño
[Cond
de Montevelo.
- ARACELI.
SALVADOR. *(A Araceli.)* ¡Ya ya!
¿Que quién soy yo?
- ARACELI.
SALVADOR. *(A Araceli.)* Usted sabía.
Digo ¿qué se le responde,
señora?
- ARACELI.
SALVADOR. *(Al aparato.)* Lo que usted quiera.
Agente, administrador
de rentas y tasador
de inmuebles... ¿Con mi cartera?
El mismo. *(A Araceli.)* Que salga usted
- ARACELI. *(A Salvador, en voz baja.)*
SALVADOR. *(Al aparato.)* No estoy en casa.
... No está.
... Sin burlas... ¿Eh...? No será
tan feroche. ... Esperaré.
(Cuelga el teléfono.)
Su primo me desafió:
me propongo un *match* sin guante.
Es algo bruto.
- ARACELI.
SALVADOR. Bastante.
Y un buen muchacho.
Decía
(Prosiguiendo su conversación.)
que entiendo cómo esta vez
soy llamado... No, llamado
no es la palabra: citado
por un mandato de juez.
¡No tanto!
- ARACELI.
SALVADOR. Y humildemente,
si usted quiere interrogar,
yo me obligo a contestar
lo más veridicamente
que se pueda.
- ARACELI. *(Mostrándole el retrato de Alberto.)*
SALVADOR. Salvador,
¿lo recuerda usted?
Alberto,
sí, su marido; por cierto
que él era mucho mejor
que ese retrato.

ARACELI.

Lo vivo

SALVADOR.

vale más que lo pintado.
Y que lo fotografiado,
que es malo en superlativo.
Si usted quiere la figura
de su marido evocar
guarde esa mala pintura
que es buena para olvidar.
¿No piensa que, acaso, diese
el pobre Alberto en suicida
por no encontrar en su vida
mejor retrato que ese?
¿Cree usted?

ARACELI.

SALVADOR.

Que fué en cartón
toda su iconografía,
y él, acaso, la quería
pintada en un corazón.
No digo yo que así fuera,
sino que así pudo ser.
¡Quién sabe!

ARACELI.

SALVADOR.

Va usted a ver
el fondo de mi cartera.
Lea usted, Araceli:

(Saca de la cartera un manuscrito.)

ARACELI.

(Leyendo.)

«Asunto

de un drama por escribir:

*Matarse por no morir
o resucitar difunto.»*

¡Vaya título! «*El teatro
representa unos boscajes
en Los Adelfos. Son cuatro
y medio los personajes.»*

¡Cuatro y medio!

SALVADOR.

Es un decir.

El medio es un confidente
cuya misión es oír
la voz de lo subconsciente.

ARACELI.

(Leyendo.)

«El argumento: Una dama
se casa con un señor
rico y bello, a quien no ama,
porque aún no sabe de amor.
»El marido, un engolado
entre Narciso y don Juan,
noble y poeta, ha soñado
ser otro Chateaubriand;

»e grande hombre que adoran
»las duquesas de rodillas,
»y cuyo favor imploran
»las bellas, siempre en cuclillas.
»El en sus sueños fracasa
»porque la propia mujer,
»la bella que tiene en casa,
»no se digna comprender.»

SALVADOR.

(Interrumpiéndola.)

Quizá el medio personaje
—perdón—, traidor inocente,
turbó un poco aquel menaje
psicoanalíticamente.

Tome nota, que esta vez,
el autor

habla al público y al juez.

Explíqueme, Salvador.

Siga, siga.

«Rosalía

»viene a complicar la trama...»

ARACELI.
SALVADOR.
ARACELI.

SALVADOR.

(Explicando.)

Es el diablejo que lía
y mueve y anima el drama.

«Se propone echar el guante

»al grande hombre ignorado;

»como el empeño es bastante

»sencillo, lo ve logrado.

»De ella también es el fuerte

»la romántica pasión.

»razones del corazón,

»amor que vence a la muerte...

»Ella también es modelo

»de amantes... Una coqueta

»es espeje y espejuelo,

»y toda red, toda anzuelo,

»si es algo pez su poeta.»

(Dejando de leer y muy disgustada.)

Salvador, guarde el boceto,

de ese estúpido dramón.

Arguye poco respeto...

al arte de Calderón,

tanta bufonada y tanto

mal gusto que hace reír

con los motivos del llanto.

Siga.

No quiero seguir.

(Indignada.)

SALVADOR.
ARACELI.

Me apesta el pirandelismo.
Ya se acabó la lectura.
Queda la cuarta figura.
Si es usted, hable usted mismo,
pero sin burlas; no es dado
hacer chistes so color
de un hombre que se ha matado
—aprenda usted—por amor.
El Alberto que yo quiero
conocer no es un fingido
personaje, es mi marido,
que fué un hombre verdadero.
Y, sin embargo, usted ignora
quién era ese hombre.

SALVADOR.
ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.
SALVADOR.

ARACELI.

Sí.
Usted que fué su señora,
y ¡me lo pregunta a mí!
Pues hable de Rosalía,
con verdad, esa mujer
del infierno algo tendría,
algo tiene que tener
que yo no tengo: hermosura,
ángel, gracia, garabato,
perversidad, travesura,
un cierto imán en el trato...
Usted lo sabrá. No cabe
para el caso juez mejor
que usted. Si usted no lo sabe
¿quién lo sabrá, Salvador?
¿Y usted no la ha conocido
na tiempo?

SALVADOR.

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

De colegiala,
de niña.
¿Y ya dió al olvido
cómo era?
Perversa, mala;
mas con maldad infantil
que no explica...
Lo comprendo.
¿Y si, ahora, yo la defiendo?
Diré que es usted tan vil
como ella.
Pues doblemos
la página y a otra cosa.
¿Ve usted? No nos entendemos.
¿Por qué?

SALVADOR.

Porque usted curiosa

ARACELI.

pregunta...
Curiosidad
muy justa.

SALVADOR.

Y, al fin, mujer,
todo lo quiere saber,
todo, menos la verdad.
Usted tiene ya forjada
la historia en su fantasía
de Alberto y de Rosalía.
Es la leyenda dorada
de los celos. Siempre son
los amores de los otros,
con celos, los que en nosotros
despiertan más ilusión.
A Alberto, a su pobre Alberto,
que en vida le importé nada,
lo ama usted después de muerto,
a causa de esa endiablada
mujer que es su pesadilla.
Alberto tuvo que ser
un Abelardo, un Marsilla;
ella, el propio Lucifer.
Y porque yo he señalado
cuanto su esposo de huero
tenía y de trisnochado
y de ella todo el pecado:
rendirse a un amor ligero,
me insulta. Sí, usted espera
que vuelva Alberto a la vida,
y es ver lo que usted quisiera
si por usted se suicida.
Muy mala soy, Salvador.
Y usted, el aprovechado
parásito del amor,
que, sin amar, es amado;
¿qué es usted?

ARACELI.

¿Yo?... El que se va.

SALVADOR.

¡Montoya!

ARACELI.

Porque me ha puesto
de mal humor.

SALVADOR.

ARACELI.

Bien está.

SALVADOR.

Váyase, sí, lo detesto.
Duquesa...

(Saludando y recogiendo la cartera.)

ARACELI.

Adiós... Oigame.

ALVADOR.
ARACELI.

Usted dirá.
El expediente
se queda aquí.

ALVADOR.
ARACELI.

¿Para qué?
Curiosidad solamente...
o lléveselo.
(Con mal humor.)

ESCENA V

DICHOS y PABLO

PABLO.
ARACELI.
PABLO.

Señora.
Pablo.
¿Si puede pasar
la señora de Bernar?
(Con malicia.)

ARACELI.

(Con decisión.)
Que pase al momento.
(Vase Pablo.)

Ahora

yo no lo voy a esconder
a usted y, al salir de aquí,
ella lo tiene que ver.
Pues siéntese usted ahí.
(Señalando un sillón enfrente de la mesa.)
¡Araceli!

SALVADOR.
ARACELI.
SALVADOR.
ARACELI.

¡Salvador!
Me asigna un papel grotesco.
No, para un hombre tan fresco,
como es usted, el mejor.

ESCENA VI

ARACELI, SALVADOR y ROSALIA

ROSALÍA.

Araceli...
¡Ah!..
(Reparando en Salvador.)
Caballero...

SALVADOR.
ARACELI.

¿Estorbo?
No.
¿Qué supones?

ROSALÍA.
ARACELI.

¿Qué temes?
¿Yo? Nada. Espero.
Te suplico que perdone
el haberte hecho venir
y el recibirte en presencia
de... Salvador. En conciencia,

te lo he debido advertir.
Perdóname.

ROSALÍA.

No... Si yo,
desde que lo vi aquel día
entrar aquí, ya debía
sospechar... ¿Es cierto?

ARACELI.

ROSALÍA.

No.
En fin, ¿qué quieres de mí?
Supongo que tu llamada...
¿Es tuya esta letra?

ARACELI.

(Enseñándole la carta de Alberto.)

ROSALÍA.

Sí.

Ya lo sabes todo.

ARACELI.

ROSALÍA.

ARACELI.

Nada.

¿Cómo nada?

Escúchame
tranquila. No voy a hacerte
reproches, ni a convencerte
de culpas. Las perdoné,
si las hubo. El corazón
no delinque. No hay sanciones
para el amor. Las pasiones
desafían la razón.
Conformes. Vuestro pecado
lo fué solo para mí,
y yo lo absuelvo—cuidado—
con una condición.

ROSALÍA.

ARACELI.

ROSALÍA.

Di.

¿Quién era Alberto?

¡Quién era

Alberto!

(Con asombro, ante la pregunta.)

SALVADOR.

ROSALÍA.

ARACELI.

Sí, Rosalía.

Mas, tú...

Si yo lo supiera
no te lo preguntaría.
No temas. No queda en mí
rencor; es curiosidad
solamente. La verdad:
¿quién fué Alberto para ti?
Yo nunca pensé que fuese
más que un amigo. No sé
cómo sucedió lo que...
lo que...

ROSALÍA.

ARACELI.

Lo que sucediese,

Rosalía. No te pido
la relación detallada
del caso. Ni mi marido,
ni tú, me importábais nada
cuando ocurrió vuestra historia;
pero esa historia acabó
con un suceso que no
se aparta de mi memoria
ni logro representarme
claro tampoco. Es lo cierto
que yo no conocí a Alberto,
y ustedes van a ayudarme
a recordarlo de suerte
que yo sepa cómo fué
en la vida, el hombre que
se me reveló en la muerte.
¿Tú crees que se mató
por ti?

ROSALÍA.

¡Así no lo creyera!

ARACELI.

Hay quien supone que no.

ROSALÍA.

Ojalá lo supusiera
con razón. ¿Y quién es?

SALVADOR.

Yo.

ROSALÍA.

¿Usted, que en este proceso
es el juez adjunto?

SALVADOR.

Punto.

Yo, como usted, estoy preso,
complicado en el asunto.

Pero es tan bueno esta vez
nuestro juez, que no pretende
condenar; un juez que entiende
nada más es este juez.

ARACELI.

Exacto. Nada te obliga.

(Rompe las cartas y las echa al fuego.)

Ya ves.

ROSALÍA.

Ah, ¡qué buena eres!

¡Siempre lo fuiste! ¿Y qué quieres
ahora que yo te diga?

ARACELI.

¿Tú amaste a Alberto?

ROSALÍA.

Pensé

amarlo.

ARACELI.

¿Y te equivocaste,
y por eso lo engañaste
con... el otro?

ROSALÍA.

Lo dejé
sencillamente. Yo no

ARACELI.
ROSALÍA.

ARACELI.
ROSALÍA.

me he solido equivocar,
ni engaño; no sé engañar.
¿Fué Alberto quien se engañó?
Tampoco. El me deseaba
tan mala como yo era.
Recuerdo que me llamaba
—perdona—su Petenera.
¿La perdición de los hombres?
Justo. En las coplas vulgares
buscaba ejemplos y nombres.
Gustaba de esos cantares
donde se pulsa el bordón
de la muerte; y un relato
de amores de perdición
acompañan a rebato,
campanas del corazón.

(A Araceli, que mira el retrato de Alberto)

Deja esa fotografía.
No es Alberto. El no sabía
posar para retratarse;
tu calumniado Narciso
ni pretendía mirarse
al espejo: sólo quiso
espejo donde borrarse.
El que se quiere perder
—recuerdo que me decía—
busca siempre a la mujer.
Gracias, Petenera mía.
Era humilde, a su manera,
mi pobre Alberto. ¿Y el tuyo,
Araceli?

ARACELI.

El mío era
desdén, frialdad, orgullo.
¡Ya ves! ¿Y usted, Salvador,
qué dice ahora?

SALVADOR.

Que es raro
el asunto y no veo claro.
Pregúntele a su doctor.
Hace falta mucha ciencia
para poder descubrir
cómo se llega a morir.
A mí me falta experiencia
y vocación. Si algún día
lo averiguo, volveré
para explicárselo a usted;
entretanto..

ARACELI.

Rosalía,
¿fué Alberto quien te buscó?
Acaso...

ROSALÍA.

ARACELI.

Mas, tú también...

ROSALÍA.

¡Quién sabe! En amores no
preguntas quien busca a quien.
Tú, de niña, ya esperabas
un amante.

ARACELI.

ROSALÍA.

Mi destino
veía.

ARACELI.

ROSALÍA.

¿Lo adivinabas?
¡Claro! Y ya ves cómo vino.
Dicen que todo es casual
en amor. Tirso asegura
que amor todo es coyuntura.
Yo digo: todo es fatal.
¿Recuerdas? Me conociste
de niña, de colegiala.
Ya, por entonces, tú fuiste
la buena, yo era la mala.
Araceli y Rosalía,
dos capullos de mujer.
De Araceli, se decía:
¡qué noble esposa ha de ser!
De Rosalía: no es bella,
pero es traviesa, inquietante
y sugestiva. ¡Qué amante
tan deliciosa hay en ella!
Así, de niña, veía
la suerte que me esperaba,
todo el mundo me quería
al par que me despreciaba.
Yo he sido fiel a mi sino
que es un modo de elegir,
acaso el mejor, seguir
hacia adelante el camino.
Perdona, pues, si no puedo
llegar a ti atribulada,
llena de vergüenza y miedo.
No es mi esilo.

ARACELI.

Tu mirada
me da frío. Eres cruel.

ROSALÍA.

ARACELI.

Yo, Araceli...
El te quería;
tú fuiste mala con él.
Le di cuanto me pedía.

ROSALÍA.

Y tú, Araceli, tú ¿has sido
fiel a tu horóscopo? Di.
Alberto fué tu marido;
¿por qué se mató por mí?
¿Fuiste, acaso, la mujer
dulce, maternal, piadosa;
fuiste su esposa, la esposa
que yo no podía ser?
Di, Araceli.

ARACELI.

¿El no te habló
nunca de mí?

ROSALÍA.

Nunca hablaba
de ti.

ARACELI.

¡Nunca!

ROSALÍA.

Quando, yo
alguna vez te nombraba
su cara se ensombrecía,
en su ceño
se veía
como un esfuerzo que hacía
para despertar de un sueño.
¿No les asaltó el temor
de la tragedia jamás,
Rosalía, Salvador?

ARACELI.

SALVADOR.

(Resueltamente.)

A mí, no.

ARACELI.

¿Y a ti?

ROSALÍA.

(Con vacilación.)

Quizás.

ARACELI.

¿No estás segura?

ROSALÍA.

No estoy
segura. Probablemente
es en el espejo de hoy
donde veo claramente
el ayer. Alberto era,
cuando me encontró, un suicida.
¿Tú fuiste el arma homicida
que eligió?

ARACELI.

ROSALÍA.

Su Petenera;

justo.

(Pausa larga. Todos se miran y callan un
momento, hasta que Salvador rompe el si-
lencio.)

SALVADOR.

Se acabó el careo
y estamos demás los dos.

ROSALÍA.

Sí.

(A Salvador en voz baja.)

Ven conmigo, deseo
hablarte.

SALVADOR.

(A Araceli.)

Señora, adiós.

ARACELI.

(Cogiendo la cartera y el sombrero.)

Usted, no.

Tú, Rosalía,

ROSALÍA.

si te llamo...

¿Todavía

necesitarás de mí?

(A Salvador que ha dejado de nuevo su
cartera y sombrero en la mesa)

¿Yo creí que usted saldría
conmigo?

SALVADOR.

Pues no es así.

(Vase Rosalía.)

ESCENA VII

ARACELI y SALVADOR

ARACELI.

Montoya...

SALVADOR.

Mande.

ARACELI.

¿A qué hora

sale el tren de Andalucía?

SALVADOR.

Hay varios trenes, señora.

Puede tomar todavía

el correo.

ARACELI.

¿No hay exprés?

SALVADOR.

Sí, pero no se detiene

en los Adelfos; no es

el tren que a usted le conviene.

ARACELI.

¿Supone usted?...

SALVADOR.

Que usted va

a Los Adelfos, buscando

a quien la acompaña ya.

ARACELI.

¿Y usted?

SALVADOR.

Estaba dudando

si a Chile o al Canadá.

Los negocios...

ARACELI.

¡Ah! Por cierto,

que ya tenía olvidado...

SALVADOR.

¿Qué?

ARACELI.

Que estoy en descubierto
con usted por lo actuado
hasta ahora.

SALVADOR.

No hay que hablar
del asunto.

ARACELI.
SALVADOR.

De ese modo...
Quien no lo supo ganar
todo, que lo pierda todo.
Señora duquesa, adiós.
¡Señora duquesa...!

ARACELI.
SALVADOR.

Aquí
ya está Alberto entre los dos;
se impone el respeto. Si
asuntos de mi carrera
lo exigen, vendré algún día...
Ahora, se quedó vacía
y hay que llenar la cartera.
Adiós.

ARACELI.

(Con firmeza.)

Adiós.

(Vase Salvador.)

(Después de vacilar un momento.)

(Araceli, sola, se encamina un momento hacia
la pueria; después vuelve al centro de la escena,
mira el retrato de Alberto y expresa, con un
gesto de angustia, que el retrato no le recuerda
a su esposo. Luego mira al fuego encendido, y
a la ventana iluminada por el crepúsculo de
invierno.)

¡Esta hora!...

(Quiere decir: esta fué la hora del suici-
dio de Alberto y esta la hora también evo-
cada en el sueño.)

¿Qué? ¿Quién?

(Araceli ha creído oír su nombre.)

Voy.

(Con angustia.)

¡Pablo!

(Llamando al criado, al ver que nadie le
responde.)

ESCENA VIII

ARACELI y PABLO

PABLO.

(Apareciendo en la puerta.)

Señora

duquesa.

ARACELI.

¿Vino mi tío?

(Esta pregunta acusa un deseo de expli-
carse su alucinación.)

PABLO.
ARACELI.

No.
¿Quién habló?
(Con acongojada extrañeza.)
¿Cuándo?

PABLO.

(Sorprendido.)

Ahora.

ARACELI.

Nadie. Estoy solo.

¡Dios mío!

PABLO.

(Pausa larga, después con decisión.)

ARACELI.

¡Pablo!

Señora.

PABLO.

ARACELI.

Esta noche
nos vamos a Andalucía.
Di que preparen el coche
de viaje.

PABLO.

Como hacía
el señor duque.

ARACELI.

¿El también
ordenaba de repente
la marcha?

PABLO.

O tomaba el tren
sin avisar a la gente
de la finca. El caía bien
donde quiera que llegaba.
¿Lo querían?

ARACELI.

PABLO.

¡A perder!
¡Si sólo con lo que él daba!...
Vuecencia había de ver,
como los he visto yo,
hombres muy hombres llorando
como unos chiquillos cuando
el señor duque murió.
Si hubo quien después de verlo
muerto, no se convencía...
¿qué digo? ¡si todavía
hay quien no quiere creerlo!...
Soñaba el ciego que veía.
Soñaba...

ARACELI.

PABLO.

Perdón, señora
duquesa... Pero he oído...
¿Qué?

ARACELI.

PABLO.

Que se habían vendido
«Los Adelfos».

ARACELI.

Pues ahora
responde tú ¡que han mentido!

T E L Ó N





ACTO TERCERO

La escena representa una glorieta de la gran finca "Los Adelfos", en Alcolea (Córdoba). Se ven tres macizos de adelfas en flor, rosas y blancas. Uno de los macizos está en medio del arco que debe formar la glorieta, sobre el suelo. Este arco se entiende que está en sentido contrario al que forma la sala de los espectadores y como abarcando ésta. Entre el macizo central y los otros dos laterales, derecha e izquierda, se ven dos sendas, ambas perfectamente practicables. La senda de la izquierda del espectador debe ser tortuosa y sombría, quedando un poco cerrada—aunque siempre practicable—por el entrelazado de las ramas de las adelfas de uno y otro lado a una altura mayor que la del actor. La senda de la derecha se pierde alegremente hacia la casa, que debe estar algo alejada. Por encima del macizo de adelfas de la derecha del espectador se eleva un soberbio eucaliptus, que se interpone entre la casa.

El horizonte de esta decoración debe estar muchísimo más alto de lo que acostumbren a ponerlo los pintores escenógrafos. Por encima de los macizos de adelfas, ya citados, se debe ver una gran extensión de campo—toda ella pintada en la decoración del fondo—con el adelfar, que se pierde a lo lejos, acompañando siempre la cinta de plata del río, y disseminados aquí y allá pueblecillos de la campiña de Córdoba. A la derecha del espectador, y ocupando próximamente el tercio de la decoración del fondo, se verá la casa—no de frente—, con grandes ventanas, que en el momento de llegar la noche deben iluminarse. El cielo, en ese momento, debe tener un color azul oscuro muy intenso y en él brillar las estrellas. Es una noche de pleno verano. Como es precisamente la noche de San Juan, se deben ver brillar las tradicionales hogueras, disseminadas por el campo. Finalmente, sobre el macizo de la izquierda, se verá un trozo de laguna, misterioso y sombrío. En el fondo de esta glorieta, y hacia la izquierda, se pondrá un banco.

ESCENA PRIMERA

La escena permanece durante algún tiempo sola, recordando al espectador el sitio y la hora en que, allí mismo, junto a aquel banco, se mató ARBERTO. DON AGUSTÍN y CARLOS, que vienen del brazo por la senda de adelfas, paseando y hablando. Al llegar, hay todavía otro silencio, que rompe CARLOS.

CARLOS.

¿Aquí?

(Fijándose en la glorieta y señalando el banco de la izquierda.)

DON AGUSTÍN.

Aquí. Siempre te tuve por inteligente... pero ¿cómo lo has adivinado?

CARLOS.

Marqués, cien veces lo menos le oí describir a usted la hora, el sitio y el hecho.

DON AGUSTÍN.

¡Claro! Lo tengo tan fijo que, sin querer...

CARLOS.

Por supuesto pasará usted por aquí tanto...

DON AGUSTÍN.

¿Quién? ¿Yo? ¡No por cierto! ¿A qué renovar?... No, no. No paso, doy un rodeo siempre que... Es ella la que, cuando llega este momento, viene aquí todas las tardes. ¡Ah, ya!...

CARLOS.

DON AGUSTÍN.

Sin falta. Por eso te he traído. Tú la encuentras, como el que está de paseo por la finca... recordando... Muy bien.

CARLOS.

DON AGUSTÍN.

Los antiguos tiempos, entretenido y sin prisa por verla a ella. Con eso pensará que es el amigo ¿has comprendido? no el médico el que viene a visitarla. Charlando, observas su aspecto. Al darle la mano notas si hay fiebre.

CARLOS.

DON AGUSTÍN.

Bien.

Por supuesto todo sin que se percate de nada, ¿vas comprendiendo?

CARLOS. Es usted el hábil político de siempre.
DON AGUSTÍN. Sabe por viejo el diablo... Claro, después, si es preciso, pero luego, ya puedes tomarle el pulso, auscultarla y... si, en efecto, encuentras que el mal pudiera ser grave... se llama a un médico.
¡Bravo!

CARLOS. Algún especialista eminente. Yo no tengo en el mundo más que a ella y no podré, si la pierdo, vivir.

CARLOS. ¡Es claro!... Acudamos entonces a lo primero.
DON AGUSTÍN. Eso. No hablemos de mí sino de ella.

CARLOS. Bien. Sentémonos.
(Hace intención de sentarse en el banco.)
DON AGUSTÍN. ¡Aquí no, aquí no!... Si acaso aquí.

CARLOS. Es lo mismo. ¡Ah, ya! Bueno.
¿Que nota usted en Araceli concretamente?

DON AGUSTÍN. La veo triste, demacrada, pálida, como si un dolor interno o una obsesión... No me gusta, Carlos; estoy muy inquieto.
¿Qué piensas tú?

CARLOS. Por las señas no es el amigo ni el médico quien la salvará. ¿No piensa en casarse?

DON AGUSTÍN. (Muy convencido.)

Nada de eso; ella es fiel a la memoria de nuestro llorado Alberto, demasiado fiel.

CARLOS. Y usted tiene mucha culpa en ello; quiera Dios que no le pese.
DON AGUSTÍN. Oye tú, que yo no... Bueno, a mí me parece bien

que ella adore su recuerdo,
¡porque hombres como aquel hombre
Sí, sí, ya, conformes.

CARLOS.
DON AGUSTÍN.

Pero
de eso a enterrarse aquí en vida...
Ya tú ves, el veraneo
va a comenzar.

CARLOS.

DON AGUSTÍN.

¡Ah, diablo!
me ha llamado usted por eso.
Hombre, ¡no! Quisiera yo
que, sin llegar al extremo
de casarse otra vez ella
se distrajera a lo menos.
Sobre todo que saliese
de aquí. Y no perdono medio.
Ayer le avisé a Bernar
a Córdoba. De momento
él ha enviado por delante
a su hija Raquel, sabiendo
que es persona grata. No
es nada tonto el banquero.
Ella está ahí con Araceli
y con Enrique. Si al menos
él la divirtiera con
sus tonterías. Pero ni eso...

CARLOS.

DON AGUSTÍN.

¿No ha venido por aquí
un joven, un caballero...
Montoya?
No, quien, ni falta
¿el fantástico sujeto
de la cartera? Si desde
que estuvo en casa yo observo
el malestar de Araceli
y su afán por Los Adelfos.
¿Fue desde que estuvo o desde
que se fue, cuando usted ha hecho
esa observación?

CARLOS.

DON AGUSTÍN.

¿Qué quieres
decir? ¡Estaría bueno
que mi sobri...!

CARLOS.

No digo
nada. Preguntas de médico
in partibus.

DON AGUSTÍN.

Un pelgar,
un quidam.

CARLOS.

No hay nada de eso...

¿En qué mundo vive usted,
no lee siquiera?

DON AGUSTÍN. (*Amoscado.*)

No leo...

CARLOS.

Ese Salvador Montoya
es hoy el héroe del vuelo
Madrid-Singapur. El amo
de un ferrocarril eléctrico
en Aragón. Propietario
de saltos de agua en el Vierzo
y condeño, con Bernar,
de unas minas, no recuerdo
el punto fijo, aquí cerca.
Pregunte usted por el crédito
y el capital de Montoya.

DON AGUSTÍN.

¡Por lo visto un gran talento
práctico!

(*Con un principio de admiración a Mon-
toya.*)

CARLOS.

Un gran capitán
de industrias a lo moderno.
Bueno, bien... En todo caso,
lo seguro es que no ha vuelto
y que olvidamos el tema
principal.

DON AGUSTÍN.

¿Cuál?

CARLOS.

DON AGUSTÍN.

Tu consejo
a Araceli: a todo trance
hay que vender «Los Adelfos».
Aquí hay algo que la mata
y a todos. Yo te confieso
que vivo apesadumbrado
aquí, azorado e inquieto.
Siempre que miro a ese banco
y a esa vereda...
(*Señalando.*)

CARLOS.

DON AGUSTÍN.

Comprendo.

(*Con sobresalto.*)

¿Oyes? Pasos... ¡Ah! Araceli
(*Tranquilizándose.*)
con Raquel y ese mastuerzo.
(*Por Enrique.*)

ESCENA II

DICHOS, ARACELI, RAQUEL, ENRIQUE.

- ARACELI. ¡No es posible!
(Contemplando a Carlos con fingido asombro.)
- CARLOS. Si es posible.
- ARACELI. ¿Quién te ha llamado?
- ENRIQUE. ¡Hola médico!
- DON AGUSTÍN. Yo te aseguro, Araceli...
- ARACELI. De eso tratas, ya lo creo, de asegurarme la vida, ¿cómo me encuentras?...
(Dirigiéndose al médico.)
- CARLOS. Te encuentro.
- ARACELI. No vengo a ver, sino a verte. Galantísimo galeno ¿y eso no se te ha ocurrido en los seis meses y medio que llevo aquí? Ya era hora... En fin, qué más da. Agradezco tu visita.
- CARLOS. Raquel.
- RAQUEL. (Saludándolo.)
- ARACELI. Carlos.
- RAQUEL. (Saludándolo.)
- ARACELI. Te quedarás, por supuesto, unos días. Tío Agustín...
- RAQUEL. (Aparte a Carlos y con vivo interés.) No sabe lo que me alegro de verle aquí. Es necesario que entre todos la salvemos. Mírela usted.
- CARLOS. Usted cuenta conmigo.
- RAQUEL. Gracias. La quiero como a una hermana; yo soy así o adoro o detesto. Ayúdeme usted a que salga de aquí.
- DON AGUSTÍN. (En su conversación con Araceli.) Habitación...
- RAQUEL. (A Carlos.)
- No es eso todo.

CARLOS. Sin embargo. . .
 RAQUEL. Sí
 pero el mal está muy dentro.
 CARLOS. (A Araceli.)
 ¿No quieres saber noticias
 de la Corte?
 ARACELI. No apetezco
 saber nada. Vivo así
 tranquila, es decir me siento
 ajena a todo, alejada...
 esa es la palabra, lejos.
 CARLOS. Pero lejos... de la vida.
 ARACELI. ¿Después de todo qué es eso...
 la vida?..
 CARLOS. El único bien
 Araceli que tenemos.
 DON AGUSTÍN. ¿Te parece!
 ARACELI. ¿Un bien?... ¿Un mal?
 DON AGUSTÍN. Sobrina, no te consiento
 que hables así. Se diría
 que quieres morir.
 ARACELI. No quiero
 morir... ni vivir.
 DON AGUSTÍN. Me voy
 por no oírte. No es por eso
 voy a mandar que preparen
 habitación y cubierto
 a este mozo. ¿Has visto?
 (A Carlos.)
 CARLOS. He visto.
 DON AGUSTÍN. Si sigue aquí...
 CARLOS. Sí.
 DON AGUSTÍN. Hasta luego.

ESCENA III

DICHOS, menos DON AGUSTÍN.

CARLOS. No te conozco, Araceli.
 ARACELI. Ya. Desde que no nos vemos...
 Además los caracteres
 sostenidos son un hecho
 en el teatro, en la vida
 el asunto es más complejo.
 CARLOS. Escúchame... Es el amigo,
 el hermano. Lo primero,

lo necesario, lo urgente
es salir de aquí.

ARACELI.

No quiero.

CARLOS.
ARACELI.

Tal vez no puedo... Dejadme...
No. ¡Es absurdo!

No lo niego,
pero me domina el vicio
de respirar los adelfos.

RAQUEL.
ARACELI.

Venenosos.

¿Quién distingue
de medicina a veneno?...
Además... Ya yo he luchado
también... A veces protesto
caprichosa de este halago,
de este como abrazo lento
de la soledad que al fin
me rinde. Sí, hay, en efecto,
algo aquí que me sujeta
que me absorbe, un sortilegio...
¡Qué cara pones Enrique
de bobo!

ENRIQUE.

Porque me acuerdo
de lo que a mí me gustaban
los cuentos de encantamiento
cuando era chico.

ARACELI.

Pues algo
así debe de ser esto.
El caso es que me separa
de la vida por completo,
y me acerca a otras regiones
imaginarias... Un miedo
y una esperanza se mezclan
en mi espíritu... No puedo
resistir a su atractivo,
aunque quisiera... ni quiero.
Yo desearía explicarlo
gráficamente, y no acierto.
Es como el cielo en el fondo
de un pcozo, vamos, un cielo
enterrado, que me diera
a la par descanso y vértigo.
Es la fiebre, el conceptuoso
galimatías enfermo
del delirio.

CARLOS.

ARACELI.
CARLOS.

Vaya, vaya...
Tú, Enrique, ¿qué piensas?

ENRIQUE.

Pienso
en largarme. Para mí
es muy sutil todo eso,
me hago un taco. Yo la vida
puedo perderla en un vuelco
a ciento veinte por hora,
pero la quiero, la quiero
la mar. ¡Cómo estará ahora,
tu, París, con el gran premio!
Montoya me ha prometido
llevarme de pasajero
en su avioneta,

RAQUEL.
ENRIQUE.
RAQUEL.
ENRIQUE.

¡Cuidado!
Con él de aquí allá en un vuelo.
Ahora que no es tu enemigo...
Cállate que aun me avergüenzo.
Verdad que las amistades
buenas empiezan riñendo...
¿Riñendo?...

ARACELI.
ENRIQUE.

ARACELI.

La tarde aquella
que me habló por el teléono
de tu casa. Le esperé y...
Es un falso, un embustero.
Me prometió no reñir
contigo.

ENRIQUE.

Y trató de hacerlo
así. Pero yo, que soy
mucho más bruto, aunque menos
fuerte, me empeñé y luchamos...
hasta que me dió un directo
impecable a la barbilla
y me dejó satisfecho
y *knock-out*.

RAQUEL.
ARACELI.

¡Pobre Enrique!
En qué situación me has puesto
con... el otro.

ENRIQUE.
ARACELI.
ENRIQUE.
RAQUEL.

¡Yo!
Sí. ¡Tú!
¿Con Montoya?
(Interviniendo.)

ARACELI.

No lo creo,
Araceli.

ENRIQUE.

¿Es que tenías
tú el más mínimo derecho?...
De sobra sabe él que no.
Pues no entiende poco de eso
también. El me hizo ver claro

que yo para ti no puedo ser más que un primo... en el buen sentido... Además, y eso hace que mi plancha fuera doble, Montoya no ha vuelto. No ha vuelto, no, imbécil. ¿Para qué iba a volver?

ARACELI.

ENRIQUE.

Ya lo veo, y con lo cerca que anda de aquí. En fin, lo que hoy yo siento es que mis celos de entonces no hubieran salido ciertos.

RAQUEL.
ENRIQUE.

¿De veras?
¿Cómo de veras?
¿Sé yo mentir?

RAQUEL.
ENRIQUE.
ARACELI.

¡Choca!

Bueno...

No quiero que se hable más de ese hombre. ¡Lo aborrezco!
¡Araceli!...

ENRIQUE.

(Queriendo defender a Salvador.)

RAQUEL.

(Aparte a Enrique.)

¡Calla, bobo!

ARACELI.

Ya sé que ahora de acuerdo *(A Raquel.)*

anda con tu padre en varios negocios.

RAQUEL.
ARACELI.
RAQUEL.
ARACELI.

Y todos buenos.

¿Para quien?

Para mi padre.

Acaso no es el dinero lo que le interesa, acaso...

(Con cierta sospecha por Rosalia.)

RAQUEL.

No. No. Duquesa... comprendo por donde va y desde ahora le digo a usted que no es cierto lo que supone. Al contrario, gracias a él... Yo le debo una gratitud sincera porque...

¿Por qué?

ARACELI.
RAQUEL.

Ya hablaremos.

Ahora mientras se hace hora de comer doy un paseo en «auto».

ARACELI.

¿Adónde?

AQUEL.

Es cuestión de media hora. A estos pueblos a ver los preparativos que en todos se están haciendo para esta noche: ¡la noche de San Juan! Venga.

RACELI.

No puedo. Ya sabes que tengo gente.

AQUEL.

¿A quién espera?

RACELI.

No espero más que a tus padres.

AQUEL.

Mi padre
(Rectificando.)
y Rosalía.

RACELI.

Sí... Un beso.
¿Y a nadie más?

AQUEL.

No, no. A nadie.
Hasta luego.

RACELI.

Hasta luego.

AQUEL.

RACELI.

ENRIQUE.

(A Raquel.)
Te acompañe.

AQUEL.

No.

ENRIQUE.

Sí.

AQUEL.

No.

ENRIQUE.

¡Sí, sí!

AQUEL.

Yo conduzco.

ENRIQUE.

Bueno,
me vas a estrellar.

AQUEL.

Te aguantas.

ENRIQUE.

¡Claro!

AQUEL.

Obedece.

ENRIQUE.

Obedezco.

(Se van.)

ESCENA IV

RACELI y CARLOS.

CARLOS.

Y ahora... ¿Por qué me has llamado?
Porque necesito...

RACELI.

CARLOS.

¿Al médico
o al amigo?

RACELI.

A los tres.

CARLOS.

¿Cómo?
Quizás también al enfermo.

RACELI.

¿Tú cómo estás?

CARLOS. ¿Yo? Mejor
que nunca.

ARACELI. Señor galeno,
la mano... el pulso, doctor.

CARLOS. ¿Qué notas?
ARACELI. Cierto temblor.
Mediquito, no estás bueno.

CARLOS. Yo, Araceli...
ARACELI. Puede ser
tu mal en lo subconsciente,
y eso lo vamos a ver
psicoanalíticamente.
¿De sueños?

CARLOS. Nada anormal.
ARACELI. ¿Pasas toda de un tirón
la noche?

CARLOS. Como un lirón
ARACELI. durmiendo.
No es natural.

CARLOS. No estás bueno.
ARACELI. Yo...
Las señas
son mortales. Tú investigas
de tus clientes y amigas
los sueños, pero no sueñas
con esos sueños.

CARLOS. No.
ARACELI. Y di
¿hay derecho a analizar
sueños sin saber soñar?
Respóndeme.

CARLOS. Tal vez sí.
ARACELI. Explicámelo.
CARLOS. La ciencia,
Araceli, es experiencia
y observación de lo ajeno.
Pues tú me dijiste un día
que no era en psicología
eso verdad. No estás bueno,
créeme, Carlos, te flaquea
la memoria.

CARLOS. No es extraño,
fumo un horror...
(Tira el cigarrillo.)

ARACELI. Pues el daño
que empieza por la azotea
para un doctor es fatal.

No quisiera preocuparte
pero... tienes que cuidarte
mediquito, tú estás mal.
Siéntate. Hablemos, y no
te asombre mucho si, ahora,
soy la que pregunta yo,
pregunta quien más ignora;
¿no es cierto?

CARLOS.

No te creía
tan maestra en ironía;
porque el fingir ignorar
para averiguar después,
ciencia socrática es.
No es de tontos preguntar.
Pregunta pues, que decimos
los sabios.

ARACELI.

¿Qué tiempo va
desde que nos conocimos?
Mucho... es decir... algo ya;
casi desde que nacimos.

CARLOS.

Tu madre, una santa, aquí
te dió a luz; cuando tenía
yo seis meses; yo nací
también en esa alquería.
Eran administradores
vuestros mis padres, al par
que medianos labradores
de otras tierras de olivar.

ARACELI.

Lo sé. Pero ¿cómo fué
que, niños, juntos vivimos
y como hermanos crecimos,
Carlos?

CARLOS.

Te lo explicaré.
Tu noble padre quería
que tu madre te criara
a toda costa; él decía,
con Fray Luis; madre avara
de sí misma que hurta el pecho
al hijo, debe perder
hasta de madre el derecho.
Ella bien quería ser
madre perfecta y te daba
su pecho; pero enfermó,
al par que se desmedraba
su Araceli. Se buscó
con atropellada urgencia
un ama en la serranía;

la propia salud venía
para criarte. Apariencia
nada más. Se trajo, luego,
otra nodriza de Osuna,
y otra, más tarde, de Priego,
y tantas con tal fortuna
que fué poco Andalucía
trocada en ubre a nutrir
la muñeca que tenía
la voluntad de morir.
¿Cómo fué el milagro? Un día
en que tu madre lloraba,
la mía te arrebató
a tu nodriza, a quien dió
el niño que ella criaba,
ya robusto, y que era yo.
Fué trueque santo. Natura,
sabia o loca, dió en hacer
su más perfecta criatura
en un botón de mujer.
Yo, con dos madres crecía,
que eran la tuya y la mía,
pues de tu madre hizo Dios
que, porque tuya no fuera
tanto como ella quisiera,
lo fuese para los dos.
Tal es el firme cimiento
de nuestra fraternidad,
Araceli.

Siga el cuento.

¿Te gusta?

Por ser verdad.

Hasta aquí nuestra prehistoria;
es decir, lo que tenemos
de oídas en la memoria...
Ahora de lo que podemos
recordar...

Pregúntame

lo que quieras.

¿Cómo fué

que el hermano puso tierra
por medio, me abandonó
y ni una letra escribió
más tarde desde Inglaterra?

¿Cómo fué que fué el hermano
quien sólo el ceño fruncía
—tú lo confesaste— el día

ARACELI.

CARLOS.

ARACELI.

CARLOS.

ARACELI.

CARLOS.

ARACELI.

que Alberto pidió mi mano?
Explica este hecho no más
antes que Alberto surgiera
entre nosotros, jamás
me diste a entender que hubiera
la más leve pretensión
en ti de esposo. En efecto,
fuiste el hermano dilecto,
como por libre elección
de tu papel. Y a la muerte
extraña de mi marido
yo volví, Carlos, a verte,
y fué el hermano querido
quien, otra vez fiel a nuestro
estilo de platicar,
vino a enseñarme, maestro,
el arte de preguntar.
Di ¿cómo fué esa tormenta
de tu vida?

CARLOS.

Si tú quieres
lo sabrás.

ARACELI.
CARLOS.

Sí, Carlos. Cuenta.
Sois curiosas las mujeres;
y es vuestra curiosidad
la que hace al hombre saber;
si es que la misma verdad
no es un ardid de mujer.
Fué Alberto un buen compañero
y un buen amigo. Le tuve
un día afecto sincero.
Con él por Europa anduve
viajando. Recuerdo ahora
de dos almas juveniles,
que por los mismos carriles
lleva una locomotora
de campo en campo, visiones,
propósitos e ilusiones
en doble imaginaria,
y el vértigo de alegría
que suman dos corazones.
Nuestro cuarto de estudiantes
de Berlín, en donde Alberto
tuvo siempre el piano abierto;
los libros en los estantes;
del reloj la blanca esfera,
el microscopio dorado,

todo, como si lo viera,
¡cuántas veces lo he soñado!
Tras de la doble vidriera,
Berlín y su nieve fuera;
y junto al fuego encendido,
Alberto y yo. La memoria
purifica nuestra historia,
con ayuda del olvido
que es, como hermano mayor
suyo y más sabio, el que poda
del árbol del tiempo toda
rama sin fruto ni flor.
Y ahora, si he de recordar
lo que tú quieres...

(Reparando en Araceli, que mira hacia el fondo del escenario.)

¿Qué miras?

ARACELI.

El campo y las rojas piras
que comienzan a brillar.
Mas, síguese, te escucho.

CARLOS.

Un día,
cuando hacia Madrid volvía
con Alberto—él, ingeniero;
médico, yo—, y el viaje
ya era a través del paisaje
de Guadarrama severo,
yo hablé por la vez primera
de ti a Alberto, y le enseñé
un retrato nuestro que
llevo siempre en la cartera.
Este.

(Saca un retrato.)

Araceli, una niña,
y Carlos, en la campiña
de Córdoba. El reparó
de la pareja infantil
—¡claro!—en la niña gentil,
que largo rato admiró
en silencio.

¿Sí?

ARACELI.

CARLOS.

Es preciosa
esta niña, y ha de ser,
como mujer, linda cosa;
porque hoy será una mujer,
me dijo. Y va para diosa,
le respondí. El sonreía,
y, al observar mi rubor:

muy callado lo tenía
—me dijo—el sabio doctor.
Yo que entonces ni soñaba
lo que Alberto sospechaba,
tal vez para castigar
su malicia, o porque holgaba
explicación, di en callar.
Mas recuerdo que pasé
toda la noche soñando
contigo, y analizando
sueños que, pronto, olvidé.
Nunca ya de ti me habló;
pero él esperaba el día
de conocerte. Y llegó.
Conmigo en tu casa entró;
yo mismo te lo traía.
Tu viejo padre, afligido
por su viudez, y rendido
casi a la muerte, anhelaba
para Araceli un marido.
Alberto, de noble cuna,
joven, bello, ya heredado
de una cuantiosa fortuna,
era el esposo esperado.
Yo... Mi conducta perfecta
fué con Alberto y contigo:
para la hermana dilecta,
la mano del buen amigo.
Hice más, pues rogué a Dios
—El me castigue si miento—
que os entendierais los dos.
Pero después...

ARACELI.
CARLOS.

Siga el cuento.
Después... con asombro mío
—perdona, todo ha pasado—,
sentí como desbordado
en el alma un turbio río.
No quiso Dios que yo fuera
noble hasta el fin; consintió
que la envidia me mordiera,
y la lúbrica pantera
de los celos despertó.
Araceli, sí, es celoso
amor por alto que sea,
el mismo amor a la idea
sueña título de esposo,

de elegido. Al otro día
de vuestra boda yo hablé
a Alberto palabras que
casi olvidadas tenfa,
mas que tú me has obligado
a traer a la memoria
para explicar lo soñado
en un sueño que era historia.
Tuya es Araceli ya
—dije a Alberto—, y, ahora, adiós,
felicidad a los dos.

—¿Qué? ¿Nuestro amigo se va?

—dijo Alberto—. De la obscura
región de bienes y males
donde ata siete chacales
una cadena insegura,
surgió el rencor: ¡Nunca más
saber quisiera de tí!

Y ruega a Dios que jamás
ella se acuerde de mí.

Aún viendo estoy la mirada
de Alberto cuando sintió
esta flecha envenenada.

Todo un infierno pasó
de mi corazón al suyo.

—¿Araceli te quería?—

—Sí. Ruega a Dios que sea tuyo
su cuerpo como fué mía
su alma, respondí. Ya el mal
hecho me asustó. Fué en vano
quererlo enmendar: La mano
piadosa es también puñal.
Luego...

—No, sigas; ya sé
cuanto saber pretendía.

Mi culpa...

Mentir. La mía...

acaso más grande fué.

¡Ob, no, Araceli!

Callar,

indiferente al dolor,
por no saber que, en amor,
el no saber preguntar
es el pecado mayor.

Ese pecado fué el suyo.

El, callaba por orgullo;
tú, sólo por ignorancia.

ARACELI.

CARLOS.
ARACELI.

CARLOS.
ARACELI.

CARLOS.

ARACELI.

Sí; pero, Alberto, pagó
con su vida...

CARLOS.

El agrandó
con su desdén la distancia
entre dos almas. Si, luego,
por los azares de un juego,
en que ganar es perder
logró acortar su camino,
no fué tu pecado, sino
su voluntad de caer.
quien hizo el mal. El llevaba
rosas y adelfas, y olía
la flor que le envenenaba,
era la que él prefería.
No, Araceli, tú no has sido
culpable. Si culpa ha habido,
es la que yo he confesado.
Ahora sólo queda olvido
y perdón a lo pasado.
Con que ya lo sabes.

ARACELI. ¶

Sí...

Que Alberto no se mató
por ella...

CARLOS. ¶

No. Ni por ti.

Alberto sólo se amó
a sí mismo. Y malogrado
ese amor, que era su vida,
él mismo fué el homicida
de su don Juan fracasado.
Esta es la dura verdad
que, inconsciente, perseguía
más que tu piedad tardía
tu insana curiosidad.

ARACELI.

Curiosidad, ¿no es cruel
esa palabra?

CARLOS.

Es leal.

Ni él te quiso ni tú a él;
huyamos, hermana, del
tópico sentimental.
Sal de aquí.

ARACELI.

Carlos, no puedo.

CARLOS.

Podrás. Para ti la vida
va a empezar.

ARACELI.

No. Me da miedo.

CARLOS.

Miedo, Araceli querida;
¿quién dijo miedo! La mano.
¿Al médico o al amigo?

ARACELI.

CARLOS.

No—pongo a Dios por testigo—;
es, otra vez, al hermano.
Muy pronto estarás salvada;
porque esta noche la flor
de la adelfa envenenada
dicen que no tiene olor.
¿Sí? ¿Quién lo dice?

ARACELI.

CARLOS.

Un cantar.

Esta noche se adormece
todo el adelfar que crece
hasta cerca de la mar
por ese Guadalquivir;
pero despierta a la aurora
del nuevo día. Hay que huir
antes que llegue esa hora
Sí, vamos, Carlos.

ARACELI.

CARLOS.

No, espera;

queda la noche.

(Araceli se estremece al sentir que se mueven las adelfas.)

Es el viento
de la tarde en la ribera;
hay que aguardar un momento.
Tú amas... No hay que renunciar
a ese amor que no te quieres
a ti misma confesar.

ARACELI.

CARLOS.

Pero, acaso...

Tus deberes
ahora son vivir y amar.
Salvador...

ARACELI.

CARLOS.

¿Qué dices?

¡Si
sólo al escuchar su nombre
ya eres otra. Si ese hombre
es la vida para ti!

ARACELI.

La vida... Pero hoy es tanta
mi angustia que ni pensar
puedo en la vida. Me espanta
todo...

CARLOS.

ARACELI.

¿Qué haces?

Escuchar.
Carlos, ya es la hora en que
murió Alberto.

CARLOS.

No; aquel día
—era en abril—ya no habría
sol a esta hora. Antes fué.

ARACELI.
CARLOS.

En ese banco...
Sí... pero
en la noche de San Juan
no es el fúnebre viajero
el que tus ojos verán.

ARACELI.

Vamos, Carlos. ¿No has sentido
que el adelfar se ha movido?

CARLOS.

Será quizá que bosteza,
antes de quedar dormido,
ahora que la noche empieza.

*(Carlos y Araceli quedan silenciosos. Pa-
sado un momento se oye una detonación
lejana. Araceli se estremece al oírla.)*

ARACELI.

¿Has oído?

CARLOS.

Sí.

ARACELI.

¡Qué horror!

CARLOS.

¡El tiro!

Un tiro... Miedosa,
un cazador...

ARACELI.

¿Cazador
a este hora?

CARLOS.

¿Y qué otra cosa?

*(Se oyen risas y voces alegres, dominando
la de RAQUEL. Aparece SALVADOR.)*

ESCENA V

SALVADOR, RAQUEL, ENRIQUE, BERNAR, ROSALÍA y EL TÍO AGUSTÍN.

SALVADOR.

¡Araceli!

ARACELI.

¡Salvador!

ENRIQUE.

(A Raquel)

Tú siempre con avería.

RAQUEL.

Pero llego a tiempo.

ARACELI.

(Abrazando a Raquel y mirando a Salvador.)

¡Oh, sí!

ENRIQUE.

Nuestro pinchazo se oíría
aquí.

CARLOS.

Como un tiro. Así
todo ahora se explica.

SALVADOR.

Aquí
no es como en infantería.

ARACELI.

(Presentando a Carlos y Salvador.)

Carlos Montes. El señor
Montoya.

CARLOS.

Me lo presenta
a medias. ¿No es Salvador?

Pues más hace aquí a la cuenta
el nombre.

SALVADOR.
ROSALÍA.

Gracias, doctor.

Se empeñó, y...

ARACELI.

(Dirigiéndose a Araceli, por su marido.)

Bernar.

BERNAR.
ENRIQUE.

(Saludándole.)

Duquesa.

¡Qué manera de apretar,
Quelucha!

(Por el paso que han traído en el auto.)

DON AGUSTÍN.

Tiempo hay de hablar.

La cena aguarda. A la mesa.

Vamos andando. Adelante.

A la guerre comme a la guerre!..

Por si alguno quiere ver
su habitación un instante...

¡Rompan filas! Don Daniel
esta vez creo conseguido...

(Aparte, a Bernar.)

BERNAR.

Sí...

*(Y emparejado con don Agustín, se dirige
con él hacia la casa.)*

ENRIQUE.

Soy tan tonto, Raquel,
que hasta hoy no había caído
en que te quiero, y, no creas,
te quiero mucho.

RAQUEL.

Tampoco
pensé yo, para que veas,
que también te quiero... un poco.
¡Circula!

ENRIQUE.

Claro, serán
los prodigios que decía
Salvador.

RAQUEL.

Que se veía
en la noche de San Juan...

*(Y se van también del brazo tras la pareja
anterior.)*

CARLOS.

Salvada.

(Por Araceli.)

ROSALÍA.

Quiere usted darme
el brazo.

(A Carlos.)

CARLOS.

ROSALÍA.

¡Amiga!...

Y cliente.

Ya hablaremos... si el tratarme
psicoanalíticamente...
(*Se van del brazo en seguimiento de los de-
más hacia la casa.*)

ESCENA VI

SALVADOR y ARACELI.

RACELI.
ALVADOR.

Y ahora...

Y ahora...

RACELI.
ALVADOR.
RACELI.

No sé...

¿No sé? Yo sí. Adiós, señora.

(*Anhelante, dispuesta a caer en sus brazos.*)
No se vaya usted.

ALVADOR.
RACELI.
ALVADOR.

¿Por qué?

Porque... porque...

¡Ya era hora!

RACELI.

Al fin solos. ¿Lo ve usted, Araceli?

(*Abandonándose.*)

Salvador...

ALVADOR.

¿Cómo no querer la vida
cuando a nuestro alrededor
está la noche encendida
en una hoguera de amor?
Porque es amor todo eso,
no vaya usted a creer
que es otra cosa, es un beso
inmenso que empieza a arder,
un suspiro que se inflama;
en la noche de San Juan
todo vive, todo ama,
y es toda la tierra dama,
y todo el cielo galán.
¡Noche de San Juan!...

RACELI.
ALVADOR.

Ardiente

y clara noche estival
primera. Lecho nupcial
inmenso... Hoy—dice la gente—
en las aguas, entre flores,
rostros queridos se ven,
y se anudan los amores
de los que se quieren bien.
Mire sobre esos ribazos
sus campesinos tejiendo

guirnaldas; las van haciendo
con las flores y los brazos.
Cada uno su cada una
tiene, y el himno de boda
—mañana canción de cuna—
invade la noche toda.
Y es imposible evitar
esa emoción, que yo mismo
quiero con tanto lirismo
barroco disimular.

ARACELI.
SALVADOR.

¡Sí!
¿Oye cantar? No se alcanza
lo que dice la canción.
No.

ARACELI.
SALVADOR.

Pero suena a esperanza,
a alegría, a confianza
y penetra el corazón.
Mejor que no sea oída
la letra, y quede perdida
en el viento, porque así
es el rumor de la vida
lo que nos llega hasta aquí.
Y es sonrisa y es cantar,
y delicia de mirar,
y suspiro, y luz, y beso,
y... ¡ja ver quién puede encerrar
en palabras todo eso!!...
¡Si supiera!..

ARACELI.
SALVADOR.
ARACELI.
SALVADOR.

Si lo sé.
El horror, la angustia. . .
Sí.

ARACELI.
SALVADOR.

Pero ya pasó...
¿Por qué?
¿Cómo? Porque estoy yo aquí.
Ea, ea, se acabó.
Oye, verás... Tú eras una
princesa encantada. Yo,
un soldado de fortuna
que a tu castillo llegó.
Era difícil la empresa;
mas como el rey otorgara
la mano de la princesa
al que la desencantara,
maté al dragón, y escapamos.
Nos persiguieron: dejaste
caer una cinta y formaste
un río. Nos alejamos,

y, para burlar su saña,
un peine de tus cabellos
caído, fué una montaña,
entre nosotros y ellos...
Pero aún tuviste que echar
de tu sal un buen puñado,
que se convirtió en el mar...
Nos habíamos salvado.
El rey—que era un buen señor—
su real palabra cumplía
y la princesa se unía,
¡claro, con su Salvador!
¿Te gusta?

Y esto es no más
que un cuento de encantamiento...
Pues la vida es otro cuento
más bonito. Ya verás.

¡Y tú morir te dejabas!

Yo, Salvador, no creía
volverte a ver, y temía...

Temías y me esperabas.

No; yo esperaba la muerte
resignada ya y vencida.

No, nena.

Lo que es la vida
lo he sabido yo ahora al verte.

Lograste desencantar
la princesa que dormía,

y, no sólo despertar,
para mí se hizo de día

cuando te he visto llegar.

Tú me has devuelto la calma
y convertido el dolor

que me mataba en amor.

¡Araceli de mi alma!

¡Salvador, mi Salvador!

*(Caen uno en brazos de otro y, después,
separándose algo avergonzada.)*

Pues, ¿no era querer a una
ser infiel a las demás,

Salvador?

Sin duda alguna.

Pero queriendo a una más
¿qué importa ya otra ninguna?

¡Ah!... Me olvidaba, Duquesa,
decirle a usted que la quiero,
oficialmente.

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

SALVADOR.

ARACELI.

— Sí; pero,
ahora, a la mesa.

SALVADOR.

A la mesa.

(Cogidos del brazo y luego de la cintura, charlando como marido y mujer, se pierden por la vereda que va a la casa, cuyo comedor bajo, iluminado, se divisa a lo lejos. Al fondo, en el campo y en torno, la noche de San Juan arde y canta. Ho- gueras y canciones de amor.)

TELÓN



L A F A R S A

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVABENEYRA (8, A) - Sección de publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 23. - MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, traducción de Juan José Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Koig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaecha, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Arnout y Gerbides, versión catalana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Koig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.
17. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavin.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maure.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Francisco de Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
22. DONA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina (Número homenaje a María Guerrero).
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Parada y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.

28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaiche, música de Soutullo y Vert.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque, música de Moreno Torroba.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillerino Fernández Shaw, basada en la obra de Julio Dantás "La Severa", música de maestro Rafael Millán.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Linares Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por de Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo Carreño, música de Cayo Vela y Bru.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, por Francisco Ramos Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Agullar Cstena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.—LA MAS FUENTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción de Torralva Beci.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, de Francisco de Vía.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castillo Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de Julián Sánchez-Prieto, El pastor.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artis. Traducción del catalán por Arturo Mori.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFA, de Manuel y Antonio Machado.



GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
::: DE HUMORISMO :::

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—
Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Ro-
berto.—Barbero.—López Rubio.—Tono.
Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concur-
sos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—
¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

m a c a c o

el periódico
de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñe-
cos recortables, dibujos para iluminar, plie-
gos de soldados, etc., y otras muchas sec-
ciones, que son el encanto de los niños. No
dejéis de comprarlo, pues además, obten-
dréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 25 céntimos

NUESTRAS NUEVAS CUBIERTAS

Desde este número empezamos a publicar una nueva serie de cubiertas, por las cuales irán desfilando los personajes de más relieve del teatro español, interpretados pictóricamente por el dibujante ALONSO, con la exquisita gracia y modernidad de su estilo. De este modo, independientemente de las obras que se publiquen, el coleccionista podrá reunir una interesante galería de personajes célebres del teatro español, lo cual viene a dar—sin duda—un nuevo interés a nuestras ediciones, correspondiendo así al creciente favor del público para con la

LA FARSA

Cubierta de este número:
LA GUARDA CUIDADOSA
de Cervantes.